

# Evolución y perspectivas de la agricultura familiar: de «propietarios muy pobres» a agricultores empresarios

Luis Enrique Alonso, José María Arribas y Alfonso Ortí



## 1. Introducción: mentalidad campesina, otra vuelta de tuerca

**D**urante mucho tiempo hablar de campesinado era tratar de imponer las categorías habituales del discurso convencional sobre el desarrollo económico —tomado éste como un proceso homogéneo y evolutivo— al mundo agrario, con lo que llegábamos siempre a conceptos como «residual», «atrasado» o «marginal», nombrando de este modo a todo aquello que por su tozuda tendencia a permanecer se ajustaba mal a tan lineal forma de acercarse a la realidad social. Así, desde muy diversas corrientes teóricas, y por lo tanto ideológicas, conocimos el anuncio del irremisible fin del campesinado perpetuo o bien por las casi mágicas fuerzas de un vector tecnológico tan potente que no sólo serviría para desagrizar la población activa, sino para recolocar la casi inmediatamente en la producción industrial, o mejor incluso, posindustrial; o bien por su telúrica reconversión en otro sujeto social mucho más homogéneo y conflictivo y al que pensadores revolucionarios le otorgaban el papel futuro de dirigir el mundo.

Más tarde, sin embargo, se observó que antes de intentar reducir la heterogeneidad de la condición campesina a la lógica pura del desarrollo económico —lo que convertía entonces a todo lo que no se podía homogeneizar en mero residuo—, la única forma de dar cuenta de la pervivencia del campesinado considerado como tradicional era la de percibir su funcionalidad en las redes mercantiles más modernas y desarrolladas, así como su integración subordinada al modo de producción capitalista (Servolin, 1977; Vergopoulos, 1980; Bolaffi y Varotti, 1973). Desde esta perspectiva nos aparecía el campesino ocupando un lugar interno —tanto por el lado de la oferta como por el lado de la demanda— dentro del proceso de producción de mercancías agrarias y la economía de la pequeña explotación, lejos de disolverse, tendía a reproducirse adaptando su funcionamiento (no tanto en sus formas internas como en sus relaciones externas) a las características de la dominación de las empresas capitalistas, pasando de esta manera la autoexplotación del pequeño campesino a convertirse (vía mercantil) en sobrebeneficio de las empresas que

controlan los canales de comercialización (Castillo, 1979: 60 y ss.).

Este enfoque nos introducía ya en un campo de relaciones mucho más rico y multidimensional que la simple evolución unidireccional propuesta por las visiones desarrollistas a ultranza —fuera fruto del funcionalismo más integracionista o del marxismo más convencional— y nos situaba ante el campesinado ligado a un complejo sistema de intercambios con las zonas integradas/modernizadas. La imagen de un campesino anclado en un tiempo histórico anterior y un espacio social exterior no parecía dar cuenta del sujeto al que se trataba de estudiar. La diferencia campesina se presentaba en otro lugar: «En un modo específico de participar en los intercambios, en un modo de posicionarse en el orden. En otros términos, parece más adecuado intentar la definición del sujeto en referencia (el campesinado) a su aprendizaje de las nuevas pautas de reproducción social, a los modelos interpretativos que lo constituyen en sujeto» (Canales, 1988: 83). De aquí que el elemento fundamental para entender la peculiar condición del campesinado dentro de la reproducción social general haya venido siendo siempre su baja integración como sujeto organizado, producto de la desestructuración básica que supone la pequeña propiedad agraria, simple agregado de minúsculas explotaciones individuales sin apenas interrelaciones (Marx, 1971: 144 y ss.). Esta desestructuración impide vínculos orgánicos potentes y vuelve constantemente al campesino hacia el «pequeño mundo» de su comunidad primitiva y —sobre todo— al arraigo/defensa autorreferente de su propia tierra lo que implicará un bajo sentimiento de clase en comparación con otros colectivos y fundamentalmente con los trabajadores industriales cuyas condiciones de vida, trabajo y socialización tienden a crear las bases para la formación de un «trabajador colectivo» más organizado.

La *condición campesina* tiende a bloquear así el paso de «clase en sí» a clase «para sí» impidiendo, de este modo, la organización política activa, estable y estructurada según intereses que son considerados como trascendentes y universalizables. La movilización campesina suele estar presidida entonces por un carácter desintegrado, espontáneo y localista (argumento que ha sido repetidamente expuesto por Eric J. Hobsbawm, 1987, 1976, 1968), y sólo suele encontrar unificación ideológica y política cuando le viene atribuida

desde el exterior, o desde arriba, por otros sujetos sociales que tratan de aprovechar —cuando no de manipular directamente— la tremenda energía colectiva que una situación política o económica crítica puede generar en el universo campesino.

«La conciencia campesina» se expresa entonces más como una *mentalidad* que como una ideología, separándose, del concepto de ideología, tomado como *conciencia práctica* que un grupo o colectivo social tiene de sus intereses y conflictos —la ideología toma así un sentido abierto de política práctica expresada en formas valorativas bajo las cuales los hombres toman conciencia del conflicto social (Ipola, 1982: 73-93)—. Sin embargo, el concepto de *mentalidad* debe ser entendido en el sentido que lo ha manejado, por ejemplo, la Nueva Historia francesa, esto es, como un estado o estructura mental invertebrada constituida por *visiones del mundo* heredadas de un lejano pasado y reconocidas tanto por el grupo en que se originan como por el resto de la sociedad global (Ariès, 1988: 473-474); la *mentalidad* nos remite por lo tanto al difuso campo de lo no consciente, de la memoria colectiva: «Son ideas recibidas o ideas vagas, lugares comunes, códigos de decencia y de moral, conformismos o prohibiciones, expresiones admitidas, impuestas o excluidas de los sentimientos y de las fantasías» (Ariès, 1988: 471).

Si la ideología representa una estructura simbólica *estructurante* del campo de fuerzas sociales en conflicto, la *mentalidad* toma la forma de estructura simbólica estructurada, encerrada por ese sistema de fuerzas con conflicto. La *mentalidad* campesina se comporta así como un elemento fundamental en la reproducción y la perpetuación del lugar subordinado del campesino en la estructura social, al sujetar a éste a una serie de *lealtades primordiales* (Alavi, 1976) que anulan o cuando menos disminuyen tanto las potencialidades asociativas de este campesinado como su juego en los aparatos institucionales de mediación del conflicto social: «Los procesos históricos mediante los cuales la clase-en-sí se transforma en clase-para-sí son complejos y están mediatizados por una diversidad de factores que comprenden influencias de las formas de organización social y las instituciones preexistentes que engloban las lealtades primordiales, como el parentesco, la identidad étnica, etc.; y esto es especialmente cierto en las sociedades campesinas. Además, dado un orden jerárquico en las sociedades campesinas, la ausencia de segmentos políticos horizontales en las

fronteras entre clases implica la existencia de segmentos verticales que atraviesan las fronteras de clase» (Alavi, 1976: 60).

Utilizando la conocida fórmula de Tönnies (1979) se podría decir que la mentalidad campesina inflacciona de tal manera la visión comunitaria de la sociedad que es capaz de debilitar hasta el extremo cualquier dimensión asociativa de la relación del campesinado con la sociedad global. La comunidad cohesionada por el parentesco y el sentimiento de pertenencia de los miembros contenidos en ella —considerados siempre como vínculos naturales y eternos y asentados en el *familismo* como generador de las bases morales de lo que es tenido como perteneciente o ajeno al grupo básico (Banfield, 1967: 35 y ss.)— es el principal argumento simbólico que sirve para armar el discurso campesino. El apego a la tierra, el patrimonialismo, el miedo al progreso, la sacralización de la propiedad, la tendencia a convertir al campesinado en «el pueblo» en general, etc., son expresiones —muchas veces con resultado paradójico (*Vid.*, González, De Lucas, Ortí, 1985; Ortí, 1984; Alonso, 1990)— de ese cierre simbólico de la mentalidad campesina que lo convierte todo en un enfrentamiento permanente entre la comunidad y el exterior considerados ambos como mundos separados irremediamente: «Los criterios de definición social (del campesinado) son o bien demasiado estrechos o demasiado globales para que pueda existir una conciencia de clase. En un sentido pueden estar totalmente localizados, ya que la comunidad de pueblo, el distrito o alguna otra área limitada son, de hecho, la única sociedad y la única economía *reales* que importan, en las que el resto del mundo sólo efectúa incursiones remotas y ocasionales (...). Sin embargo, en otro sentido cabe que estos criterios sean tan generales y universales que excluyan cualquier autclasificación apropiadamente social. Los campesinos pueden estar tan convencidos de que, exceptuando unos pocos seres marginales, ellos constituyen todo el mundo, que tal vez se limiten a autodefinirse como *gente* (...). Cabría argüir que la conocida afinidad de los campesinos por los movimientos milenaristas o mesiánicos refleja esta realidad social. El escenario de la acción organizada es o bien la fuente de la parroquia o el universo. No existe un punto intermedio entre las dos cosas» (Hobsbawm, 1987: 34-43).

La mentalidad campesina se constituye así en el *orden de lo imaginario* en el sentido de cons-

tructo esencialmente paranoico fundado en la oposición y en la identidad, en el sí mismo y el otro (Wilden, 1979: 60). El imaginario social campesino se articula de este modo en un doble eje de identidad colectiva, formado, por un parte, frente a los otros y, por otra, de contemplación obsesiva de uno mismo. En el primer vector aparece el discurso del dentro/fuera: la oposición dicotómica entre la comunidad y el exterior constituida como polos aislados y enfrentados desde el antagonismo entre campo y ciudad. En el segundo vector aparece la constitución del sujeto mismo como una totalidad uniforme y homogénea, tratando de presentar una imagen especular frente a los otros sin contradicciones, conflictos o diferencias internas.

El imaginario campesino se presenta hacia lo que construye como externo, como su inverso *simétrico* y sabemos que cuando un sistema de relaciones se establece según un patrón de conductas *simétrico/rígido* —ha sido uno de los temas centrales de la llamada escuela de Palo Alto (Watzlawick y otros, 1981)— los actores se comprometen en una espiral fundada en el acrecentamiento de la amplitud del mismo comportamiento, o sea, en una escalada de la diferencia entre uno y otro polo del campo comunicativo. El enclaustramiento del campesinado tradicional se basa en la simetría de su discurso respecto a su referente urbano: la diferencia se convierte en oposición por medio de la relación imaginaria con «el otro» urbano. La comunicación se convierte entonces en paradójica, al reclamar la identidad en función de la imagen del otro se depende cada vez más de aquel, justamente cuando más lejos se está de él; reivindicar una identidad campesina enfrentada a la ciudad industrial necesita cada vez más el mito de lo urbano a la vez que se aísla como discurso y pierde aún más su presencia social.

En cuanto a su construcción autorreferente el campesinado se perpetúa por una subcultura de lo tradicional como modo de vida. Una peculiar *cultura de la pobreza* —en el sentido aproximativo de Oscar Lewis (1972)—, estructurada por la adaptación más o menos funcional a un estado de subconsumo considerado como tradicional, natural e inamovible, es presentada de manera *autolimitada* (Harris, 1990: 380 y ss.), casi masoquista, por la mentalidad campesina como modo de existencia social básica frente a los demás colectivos. El «culto al pasado» (Vilar, 1980: 308), la desconfianza ante la innovación, la utopía regresiva de la

vuelta al origen natural, el miedo al progreso como miedo al peligro de desaparición, etc., son los *incentivos de identidad* (Pizzorno, 1987: 20) que pueden aglutinar al campesinado como grupo de acción. De ahí la tendencia de la movilización campesina tradicional como una movilización milenarista de defensa de un territorio (físico, económico y moral) que está en peligro, amenazado por fuerzas exteriores, defensa, en suma, de un fundamento de identidad que en ningún momento puede ser negociado (Hobsbawn, 1968).

Ahora bien, este equilibrio tradicional se rompe cuando toma presencia una cultura lo suficientemente fuerte como para anular o, al menos, debilitar la subcultura comunitaria campesina. En este sentido se puede decir que la universalización de la cultura de consumo capitalista, producto de la propia lógica de la expansión de su universo mercantil —que necesita romper cualquier tipo de comportamiento que implique una limitación tanto de la capacidad de producción como de consumo del sistema económico (Granou, 1974)— termina por hacer estallar la mentalidad campesina, tal como la hemos contemplado hasta aquí, en una serie de elementos simbólicos fuertemente desintegrados que van desde los restos de comunitarismo hasta el cálculo racional capitalista, pasando por el individualismo posesivo o el consumo emulativo de la ciudad. El sociólogo suizo Jean Ziegler (1988: 52 y ss.) ha descrito este proceso como un proceso de la segmentación de las identidades culturales provocado por la lógica instrumental del capitalismo de consumo, desapareciendo con ello un único referente simbólico que organice la vida económica, política, cultural y religiosa del campesinado. Pasaríamos, pues, de la primera *integración* del campesinado en los canales mercantiles como colectivo explotado pero manteniendo pautas de comportamiento tradicionales, a su subsiguiente *desintegración* como colectivo unificado por un imaginario social simétrico y su resocialización en modos de vida particulares, pero complementarios y ajustables a la *norma de consumo de masas* (Aglietta, 1979) desplegada por la producción capitalista.

Utilizando, quizá con poca propiedad, pero pensamos que con eficacia, una analogía marxista, podríamos decir que el proceso de universalización social de la mercancía supone el paso de una *subsunción formal* del campesinado bajo el capital —en la cual el capital subordina al campesino sobre las bases de las mismas condiciones

técnicas, sociales, personales y culturales que tenía tradicionalmente—, a una *subsunción real* del campesinado bajo el capital, en la que el capital recrea constantemente tanto las condiciones de trabajo como la forma de consumo de cara a la permanente acumulación de plusvalía relativa en el conjunto de la economía global (Marx, 1973: 54 y ss.). La modernización progresiva de las bases de la producción y reproducción en el espacio agrario no supone como se pretendió el final del campesinado, sino la cristalización de un *campesino capitalista* —como lo ha definido el famoso antropólogo americano Marvin Harris (1990: 378)— que se comporta según parámetros de conducta diferenciados al de la mentalidad tradicional: ahora la tenencia de tierras es negociable, el dominio de la producción para el mercado es absoluto, la sensibilidad hacia los mercados de bienes y trabajo nacionales es cada vez mayor y finalmente existe además una clara propensión a la utilización y renovación de cualquier tipo de innovación tecnológica.

Estas características del campesino capitalista no significan automáticamente su opulencia o bienestar material, en muchos casos este campesino capitalista necesita asalariarse a tiempo parcial en los grandes cultivos comerciales, o directamente en la industria, para sobrevivir con cierta holgura, y en todos los casos su dependencia con respecto a las estructuras comerciales se hace absoluta, hasta tal punto que las decisiones sobre la inversión, la venta final, la siembra, la mecanización, la superficie cultivada y un largo etcétera de temas, quedan totalmente fuera, en el plano real, del control campesino: «El agricultor depende y es explotado por las instituciones financieras y urbanas a través de dos mecanismos principales: 1) haciéndole entrar en el mercado para su abastecimiento y para su venta de productos, y 2) reduciéndole el contenido de sus actividades, es decir, volviéndole más incapaz de resolver sus cultivos con medios propios, con independencia del mercado y de los intermediarios» (Gaviria, 1975: 48).

El pequeño campesino capitalista se ve impedido, pues, a ocupar un puesto subordinado y dependiente en la estructura *asociativa* del capitalismo contemporáneo. Sus relaciones de intercambio por lo tanto, ya no se establecen a partir de un imaginario social simétrico, sino a partir de su ajuste forzado al modo de vida y trabajo de las necesidades de valorización social del capital. La movilización campesina ya no es una simple

*conducta colectiva* no institucionalizada (Smelser, 1971: 47-66), expresión de energía social incontrolada en defensa de una identidad comunitaria ideal, sino una *acción colectiva* finalista en la que los incentivos de identidad se combinan con *incentivos selectivos* dominantes —esto es, con los beneficios particulares esperados en la movilización, beneficios que hacen que el grupo latente se organice frente a otros grupos y frente al Estado (Olson, 1971: 50 y ss.)—, generando así un tipo de acción *corporatista* de carácter eminentemente defensivo, constituida a partir de la obtención de un precio de los productos agrarios lo más rentable para la explotación pequeña.

El campesino entra a formar parte, por tanto, de ese orden *asociativo-corporativo*, o si quiere, de ese *corporatismo societal* —en los que tanto ha insistido Philippe C. Schmitter (Schmitter, 1985a, 1985b)— que integra dentro del capitalismo avanzado a los grupos socioeconómicos de la producción en un sistema de representación y mutua interacción cooperativa de intereses en el nivel del liderazgo (y de control social de la movilización en el nivel de las masas), legitimado, sancionado y articulado activamente por el Estado intervencionista (Panich, 1986: 162). El horizonte ideológico del campesino capitalista tiene que constituirse básicamente, entonces, como una apelación a la *defensa estatal* de sus intereses —en forma de precios y servicios— frente a la situación de hegemonía de los agentes comerciales que controlan, tanto por el lado de la oferta de inputs productivos como por el lado de la demanda de bienes finales, las relaciones mercantiles agrarias. Las interpelaciones ideológicas del campesino capitalista se despliegan más en contradicción que en oposición directa a los grandes grupos comerciales-industriales y encuentran en el Estado su objetivo final, tratando de hallar en él un mecanismo defensivo y compensador de su debilidad estructural en los mercados nacionales e internacionales.

Además, como ha insistido en España el sociólogo Eduardo Moyano (1988: 196 y ss.) en su análisis sobre el corporativismo agrario, la lógica de la acción colectiva agraria se encuentra limitada por la diversidad estructural, heterogeneidad, particularidad local y desestructuración del universo rural, impidiendo todo ello que ni los discursos ideológicos universalistas, ni la certeza de intereses concretos comunes puedan suturar las múltiples desgarraduras que provienen de la dife-

renciación económica, espacial y social típicas de la agricultura moderna. La dificultad para que exista cualquier tipo de consciencia de clase se mantiene, pues, inalterable pero, por añadidura, la condición del campesino parcelista refuerza la lógica del *free-rider* (o sea del beneficiario franco de las movilizaciones y riesgos que toman los otros), auténtica carcoma que corroe y debilita la acción instrumental y finalista. El campesino actual tiende así a formar grupos de interés en el entramado asociativo-corporativo del capitalismo contemporáneo, pero estos grupos de interés en buena medida devienen en muchos momentos en grupos de *interés anómico* —o bien porque sus intereses son relativamente difusos, o bien porque no encuentran canales, organizaciones, líderes, o movimientos capaces de expresarlos eficazmente, o bien porque los detentadores del poder de gestión de esos intereses han eludido reiteradamente sus demandas y relegado sus preferencias (Pasquino, 1988: 198)—, con la inestabilidad potencial de estos grupos, pasando con facilidad del talante negociador a momentos en los que surge una percepción dramática de su situación y asociada a ella la tendencia al tumulto, la manifestación, el motín o cualquier otro tipo de conducta colectiva multitudinaria.

Mucho ha cambiado, por lo tanto, de aquel «propietario muy pobre» de mentalidad comunitaria arborescente, pero escasamente moldeado, por la racionalidad mercantil, al actual campesino capitalista relativa o incompletamente profesionalizado (Arribas y López, 1989: 107-134), e instalado, para todos los efectos, aunque de una manera bien dependiente y subordinada en los mecanismos de representación de intereses del corporatismo societal contemporáneo. Sin embargo, rasgos esenciales como su desestructuración, inestabilidad conflictiva y dificultad de organización, se siguen manteniendo, y todo ello abre incógnitas intranquilizadoras sobre su futuro social. La necesidad que el campesinado en los países de capitalismo avanzado ha tenido de un Estado intervencionista y *desmercantilizador* (Offe, 1990: 19 y ss.) —que ha creado las precondiciones económicas, políticas y sociales de su integración comercial— para no ser arrasado por las estrategias de las multinacionales alimentarias establecidas ya a nivel universal, hace tremendamente débil su posición actual frente a unas tendencias de intervención estatal que son justamente las contrarias: liberalización de los mercados,

máxima mercantilización en las relaciones sociales y dinámicas *microcorporatistas* (Regini, 1990: 15-22) o *dualistas* (Goldthorpe, 1986: 122-138), de lograr acuerdos sólo en aquellas ramas y sectores que tienen pontencialidad de crecimiento autosostenido y acumulación de capital, dejando en un lugar externo, precario y difuso, todos aquellos espacios productivos de escasa intensidad capitalista.

\* \* \*

Las páginas que siguen desarrollan empíricamente el proceso, que hasta ahora sólo hemos expuesto de una manera teórica, con resultados de trabajos de campo realizados —a partir de la metodología cualitativa del *grupo de discusión*— en situaciones temporales económicas y políticas diferentes. El primero refleja la agonía de esa mentalidad a la que nos hemos referido como *comunitario tradicional*, justo en el momento final del franquismo. El segundo encuadra al campesinado en un universo ideologizado con fuerzas en conflicto pugnando por una profesionalización que le permita cierta autonomía frente a las estrategias políticas y comerciales de la gran empresa, y colocarse con ello, ya definitivamente en el capitalismo de consumo español, justamente cuando la lógica de racionalización mercantil de ese capitalismo está siendo llevada hasta su último extremo.

## 2. Mundo rural frente a mundo urbano: devolverle la palabra al campesino

Desde la perspectiva urbana, en que irremediablemente se sitúan los estudios sociológicos, y en general toda acción administrativa posible —dada la actual organización del Estado—, el campesino aparece como una categoría de análisis y una condición social real a reducir por el proceso de *homogeneización* industrial progresivamente dominante. Por una parte, para una política de «recursos humanos», en el contexto del actual modelo de desarrollo, la población activa agrícola ha sido considerada —en principio— como una simple fuente poten-

cial de fuerza de trabajo para la expansión de la actividad industrial y de los servicios: el progreso técnico y el desarrollo de la industrialización capitalista se han asociado, como es sabido, en los modelos teóricos legitimadores de la misma y en su dinámica estructural efectiva, a la progresiva transferencia del llamado «excedente demográfico agrícola» al sector urbano-industrial. Ya que «si, en su conjunto, la agricultura se comporta aproximadamente como un productor primario tipo, resulta de ello que la producción tiende a crecer progresivamente, mientras el consumo queda estacionario» —argumentaba, por ejemplo, el economista Jean Fourastie (1956: 51), en uno de sus numerosos textos de divulgación del modelo de la inexorable reducción de la población agrícola, vinculada a la «modernización productiva» (esto es, a la industrialización capitalista)—. «Como consecuencia —proseguía Fourastie—, la proporción de la población activa empleada en la agricultura ha empezado a disminuir tan pronto el progreso técnico empezó a ser sustancial y continuará disminuyendo durante mucho tiempo mientras dicho progreso técnico siga haciendo sentir sus efectos y el consumo por habitante quede estabilizado.» El destino de la inmensa mayoría de los trabajadores del campo resulta ser así, en tales modelos, su desarraigo por jubilación o cambio de sector, impuesto como una «exigencia» del propio «progreso técnico».

Pero, además, el análisis de las condiciones de trabajo campesinas, de la orientación de su mentalidad productiva, de sus expectativas de empleo y educación, impone en cualquier investigación conjunta del trabajo y empleo nacionales mediante *encuesta estadística* una cierta *reducción metodológica* del carácter específica de las peculiaridades campesinas a las condiciones nacionales «genéricas» (esto es, «urbano-industriales»). Destinado a ser pura fuerza de trabajo de reserva para el desarrollo urbano-industrial, el campesino ha quedado, de este modo, también condenado a ser analizado e interpretado desde categorías ajenas, y en ocasiones contradictorias con la auténtica estructura de su propia formación social. Su dominación social y económico-efectiva por el mundo urbano industrial, se dobla así con la exclusión (ideológica) de toda otra alternativa posible de desarrollo autónomo del campesinado, y se consume con su reducción analítica a las categorías «racionales» de las mismas fuerzas sociales que pretenden su destrucción. A la dominación social

se suma la dominación teórica, y al devenir *objeto de estudio* de los investigadores urbanos, el campesinado, más que ninguna otra clase —fuera de los grupos marginados—, corre el riesgo de no ser reconocido en ningún momento del análisis como *sujeto* (esto es, como un haz de posibilidades propias, diferentes e incluso contrapuestas a las urbanas).

Cuando, en realidad, la *forma de existencia* campesina el campesinado como clase para sí, en todos los sentidos constituye una formación social profundamente *heterogénea* respecto a la urbano industrial, un tipo humano y una comunidad diferenciadas que aspiran a reproducirse según sus propios modos e intereses, o a perpetuarse al menos como una condición minoritaria al margen de la estructura actual de la sociedad (llamada «industrial» entre otros sentidos, precisamente con una negación de la «rural»). Más allá del progresivo proceso de asimilación del campesinado —quizá en nuestro país, es cierto, ya irreversible—, intentar comprender la situación del trabajo campesino desde las codificadas teorías y categorías urbanas puede significar la consagración de un malentendido básico, que ni ayude a la acción administrativa del Estado a mejorar la *condición del campesino* —si es que algo puede ésta—, ni facilite su homogeneización definitiva con las estructuras urbanoindustriales —si ya no existe otra alternativa—. Pero para evitar tal malentendido hay que —al menos, en alguna fase del estudio— *devolverle la palabra al campesino*: dejar por un momento que sean los propios campesinos —como piden los campesinos de nuestros grupos de discusión— los que hablen tranquilamente de sus problemas.

En este sentido, los estudios sociológicos sobre la concepción o visión de la agricultura y la mentalidad campesina ha ido introduciendo también en nuestro país, junto a la realización de *encuestas estadísticas sobre hechos y opiniones*, la práctica de la investigación social denominada *discusiones de grupo* (pequeños grupos de cinco-diez individuos, debatiendo —de forma semidirecta, relativamente libre y espontánea— una cuestión central, a lo largo de una discusión colectiva de una duración media de entre una y dos horas)<sup>1</sup>. Aplicaciones específicamente al estudio de *imágenes, actitudes y motivaciones*, en cuanto *método cualitativo o estructural-simbólico* de análisis sociológico, los estudios basados sobre discusiones de grupo han servido, de forma com-

plementario, aproximadamente en los últimos veinte o treinta años (durante el proceso de transformación agrarias de los años 1960, 1970 y 1980), para explorar la *mentalidad campesina* —en sus aspectos ideológicos y afectivos— y configurar los *discursos básicos* frente al impuesto *modelo urbano-industrial de desarrollo o modernización agraria* de las distintas clases o estratos sociales de la agricultura española (pequeños campesinos parcelarios, obreros o jornaleros agrícolas, cooperativistas agrarios, jóvenes rurales, etc.)<sup>2</sup>. Entre estos estudios, vamos a centrarnos en esta parte de nuestro artículo —dedicada al análisis de la *mentalidad y discurso pequeño-campesino tradicional frente a la modernización agraria*— en el resumen de la sección titulada: «*El discurso pequeño campesino: crisis de la pequeña explotación y agonía del cultivo parcelario*», de un Informe inédito realizado por el sociólogo Alfonso Orti (en adelante: Informe de referencia/ A ORTI, 1975)<sup>3</sup>. A su vez, los análisis de este Informe de referencia se basan en los textos de *discusiones o reuniones de grupo* con agricultores, celebradas en el crítico momento del año 1975, en el que los efectos ya manifiestos de las crisis de 1973 (liquidación de la fase expansiva de los años 1960) se *intensifican con la situación de crisis e incertidumbre políticas del ya inminente final de la dictadura del general Franco*.

Se trata de tres *discusiones o reuniones de grupo (DG)* con las siguientes características:

DG1	DG2	DG3
Castronuño	Balaguer	Abaño
(Valle del Duero)	(Valle del Segre)	(Litoral de Cantabria)
Pequeños campesinos	Pequeños campesinos	Pequeños ganaderos
Predominio secano	Hortofrutícolas	Explotación familiar
(10/V/1975)	(24/V/1975)	(31/V/1975)

En estas tres *discusiones de grupo*, los agricultores componentes de los grupos elaboran y expresan —mediante un discurso relativamente libre y espontáneo— la conciencia social dominante del campesinado en aquel momento histórico, en el que el proceso de *modernización agraria* se encuentra ya en un estadio avanzado, pero es (para ellos) todavía un proceso inconcluso. Lo que nos permite captar precisamente los rasgos básicos del *discurso tradicional campesino* en el momento final de la agonía del cultivo parcelario.

### 3. Ambivalencia del desarrollo agrario: resistencias y expectativas del campesinado frente a la concepción industrial-productivista del trabajo

La concepción tradicional del trabajo campesino se encontraba sometida en aquellos momentos —mediados de los años 1970— a las nuevas exigencias, posibilidades y conflictos, inherentes al vasto proceso de *transformación y desarrollo agrarios* por el que estaba pasando el campo español desde la década de los años 60. Tal desarrollo consistía fundamentalmente, como es sabido, en la progresiva sustitución de las llamadas *formas de producción tradicionales* —basadas en el predominio del cultivo de tipo «extensivo», con bajos costes, mediante el aprovechamiento de una mano de obra abundante y barata—, por *formas de producción modernas* —caracterizadas por un cultivo «intensivo», con rendimientos elevados y crecientes por ha., pero con un elevado grado de capitalización (maquinaria, fertilizantes...), y con menores disponibilidades de una mano de obra barata por el constante flujo emigratorio de los asalariados agrícolas, y de los propios hijos de los pequeños campesinos, hacia las áreas industriales de más elevados salarios—. El «desarrollo» de la *modernización agraria* implicaba así —como señalaron hace tiempo varias de las obras ya clásicas más significativas sobre el tema— la "crisis" de la sociedad agraria tradicional española.

Lógicamente el campesinado español en su conjunto ha estado viviendo —en principio— este proceso de modernización agraria como un proceso extraño, alienante y desintegrador, impuesto al campo por el sistema urbano-industrial, en función de sus propios intereses. Pues, al margen de que haya podido ir elevando el nivel de vida de las familias campesinas, la modernización agraria ha entrañado, para numerosos estratos de la población campesina —de modo concreto, para los pequeños campesinos en régimen de explotación familiar y para los obreros agrícolas—, una cierta intensificación del *sentimiento de alienación* del campesinado (de su sensación de inferioridad

social), dependencia e impotencia frente a la ciudad, a la industria y al Estado), suscitando los temores de que este tipo de desarrollo dependiente pueda concluir —finalmente— con la total *expropiación* del campesinado, con la pérdida de la propiedad por los pequeños empresarios agrícolas, y de los puestos de trabajo para una inmensa mayoría de los obreros del campo, y en definitiva con la supresión de la propia forma de vida campesina. (El «Horizonte 1980» propuesto como *desideratum* por la Comisaría del Plan de Desarrollo —en las consideraciones del Plan, 1971— preveía una reducción de la población activa agraria, por ejemplo del orden de los 900.000 agricultores a lo largo de los años 70, sobre una población estimada en aquel momento en torno a los 3,5 millones. Por su parte, el economista Ramón Tamames realizaba, en una resonante conferencia de la misma época, una propuesta mucho más radical: reducir el número absoluto de campesinos en España a sólo 600.000. «Vds. dirán, o pensarán, que es una barbaridad pasar de 3.500.000 a 600.000. Pero si efectivamente aplicásemos índices norteamericanos o índices de los mejores koljoses y sovjoses soviéticos —argumentaba Tamames (1971)—, las cifras serían todavía mucho más bajas.» Previsiones y declaraciones «desarrollistas» de este tipo —o sus lejanos ecos— tenían necesariamente que impresionar de forma amenazadora para su supervivencia a la mayoría de propietarios, aparceros o arrendatarios que todavía «sobreviven» —en el campo español. La elevación de la *productividad agraria* quedaba asociada, de tal modo, a la supresión constante de explotaciones y puestos de trabajo campesinos.

El desarrollo de la modernización agraria ha estado presionando al agricultor español en estos momentos para que cambie su mentalidad productiva y convierta a la tierra —a su tierra— en un instrumento «racional» de producción («racional» en función de la rentabilidad en un mercado poco transparente y con grandes oscilaciones). Al mismo tiempo, que la introducción de la maquinaria, y una mejor planificación de los trabajos agrícolas, menos sometidos a la irregularidad del ciclo, tendía a asimilar las condiciones laborales de los trabajadores del campo a los de la industria. Esta homogeneización de la mentalidad productiva y de las condiciones de trabajo campesinas con las del sistema urbano-industrial tiende a concluir a largo plazo —se piensa desde la perspectiva urbana del tecnócrata— con la disolución de todas

las peculiaridades actuales de la concepción campesina del trabajo. La única «salida» para la evolución del campesinado se contempla así —desde esta misma perspectiva— como la más rápida liquidación posible de las formas tradicionales de existencia del mundo rural: esto es, el interés «objetivo» del campesino, frente al irresistible e irreversible avance del proceso de modernización de la agricultura, debería ser el de asimilarse al sistema de valores del mundo urbano, el de convertirse en un «empresario» de tipo capitalista —en el caso de los medianos y pequeños cultivadores independientes—, o en un obrero de tipo «industrial» —en el caso de los asalariados agrícolas—; o bien, renunciar a la condición campesina y prepararse para la mejor integración individual posible en el mundo urbano-industrial.

Sin embargo, desde el punto de vista del propio campesino —que el Informe de referencia (Ortí, 1975) intenta representar y explicar, la cuestión parece ser mucho más compleja. Ni las condiciones objetivas han permitido un proceso de armónica asimilación, ni los campesinos —sean cultivadores independientes u obreros agrícolas— parecían desearla subjetivamente. En el caso del campesinado independiente, su situación de casi indefensa dependencia económica del sistema urbano-industrial y del Estado, ha hecho muy difícil, o imposible, en una mayoría de los casos, su auténtica conversión en «empresarios» competitivos, según el modelo de la llamada «economía mercantil»; mientras que su propia vinculación profunda a las formas tradicionales de existencia rural, se resistía a orientar su actividad por criterios de rentabilidad, e incluso a asumir plenamente las exigencias de una estricta concepción *productivista* del trabajo. Por su parte, los obreros agrícolas han seguido encontrándose en una situación de inestabilidad laboral que les discriminaba respecto de los industriales, dominados por la angustia de la realidad y del fantasma del paro, y se han sentido amenazados por la disminución de la oferta de trabajo que entraña la progresiva mecanización de las faenas agrícolas: en estas condiciones, la vieja aspiración del proletariado español directo a la tierra —al «reparto»— continuó durante un cierto tiempo siendo una aspiración más profunda, que la de convertirse en ese «nuevo tipo de trabajador fijo y especializado», con aspiraciones similares a las del obrero industrial» —al que se refería el economista Naredo (1971: 74), pero cuyas condiciones de trabajo

parecen ser todavía prácticamente minoritarias para la inmensa mayoría de los asalariados del campo español (cfr. A. Ortí, 1984).

En fin, la ambivalencia y las contradicciones del campesinado ante el forzado proceso de desarrollo agrario, y de modo consecuente ante la concepción *productivista* del trabajo, se reflejaron en las discusiones de los grupos del Informe de referencias (A. Ortí, 1975), de forma significativa, en un doble movimiento de carácter sistemático: a una actitud reivindicativa del trabajo campesino y sus peculiaridades frente al sistema urbano-industrial —actitud etnocéntrica, que entrañaba la decisión de luchar contra la dominación del productivismo capitalista—, tendía a sucederle un momento depresivo de autocrítica de la mentalidad y del trabajo campesinos «tradicionales», que a la luz de "la razón urbano-industrial" triunfante aparecen como un fenómeno aberrante y patológico destinado a la extinción (así corrompida, la mentalidad campesina se refugiaba, finalmente, en la caverna de un resentimiento secreto, tanáticamente decidida a enterrarse abrazada a su *heterogeneidad*, antes que a pactar con las insidiosas propuestas de la «ilustración» urbana; y en tal situación, el campesinado agónico necesita —como veremos— de un «redentor», que no puede ser otro —como es sabido— que el mito regresivo de un Estado-providencia, paternalista y equitativo, para el pequeño campesinado parcelario, o una revolución liberadora, que repartiese la tierra del mitificado latifundio, para el proletariado rural, sugestionado todavía —hacia 1975— por el hambre tradicional de tierras del excluido y explotado «bracero» español de los últimos ciento cincuenta años (cfr. A. Ortí, 1984).

#### 4. El discurso pequeño-campesino: crisis de la pequeña explotación y agonía del cultivo parcelario



Una vez asumidas las exigencias de la explotación agrícola familiar, el trabajador pequeño-campesino se encuadra, ante todo, condicionado por la realidad —y por la conciencia— de su difícil y progresivamente inviable subsistencia económica en el marco de las nuevas

relaciones de mercado y producción. La inmensa mayoría de las empresas agrícolas de secano en régimen familiar —representadas en nuestra investigación por la reunión de Castronuño (1975), en el valle del Duero— se considera que se encontraban en España —según los especialistas en economía agraria— por debajo del tamaño y del umbral económico «de la empresa marginal que no tiene beneficios ni pérdidas; cubriéndose todos los costes y garantizando una retribución de los factores de producción a precios de mercado» (Martín Blanco, 1966, 180). O lo que es lo mismo, sus resultados económicos «no permiten retribuir, a precios de mercado, a los factores de producción aportados por el agricultor» —observaban los economistas Martín Blanco y Ramos Torres (1966: 168), impidiéndole obtener para sí mismo, y pagar la ayuda de la propia mano de obra familiar, al nivel de salarios vigente para la mano de obra contratada en la misma comarca.

Pero para intentar adaptarse a este proceso de tecnificación y —por tanto— de capitalización de su explotación, el pequeño empresario agrícola ha chocado con los obstáculos de la insuficiente dimensión media de su explotación —en 1962 el 93,3% de las explotaciones agrarias españolas tenían una superficie inferior a las 30 ha. (Naredo, 1971: 75)—, y de su «escasa capacidad financiera» para la compra e introducción de maquinaria. Ya que «según diversos estudios» —argumentaba Naredo (1971: 75), las «explotaciones de secano menores de 30 Ha. escapan a una mecanización rentable *bajo un criterio capitalista*». Supuesto el carácter inexorable del actual modelo de desarrollo capitalista, y la permanencia de las presentes condiciones institucionales, una significativa fracción de la generación de economistas agrarios de los años 1960 y 1970 —Naredo, Tamames, José Luis García Delgado, Roldán, etc., a cuyos puntos de vista pueden también asimilarse los del sociólogo Víctor Pérez Díaz— concordaban en considerar que la pequeña propiedad campesina no iba a poder resistir la «tendencia al predominio de superficies medias cada vez mayores de cultivo», impuesta —según Naredo (1971: 115)— por las crecientes exigencias de capitalización agraria, que culminarían —para García Delgado y Roldán (1973: 303)— en la inevitable «ruina de la pequeña explotación agraria». Proceso de desintegración de la empresa familiar campesina, al que tampoco iban a escapar, si bien, de modo más lento y a más largo plazo, las pequeñas explota-

ciones de regadío. «También en las zonas de regadío se produce la crisis de la pequeña explotación, dándose el proceso de desaparición y concentración de explotaciones... —puntualizaba Naredo (1971: 115-116), aunque en este caso las superficies mínimas rentable sean inferiores a la de secano, dada la mayor renta por hectárea que arrojan los cultivos de regadío y la dificultad de mecanizar la recolección en los frutales y en los cultivos de huerta, lo que podría retrasar el proceso en relación con la pequeña explotación de secano.» Desde esta perspectiva, la suerte de la pequeña empresa familiar campesina, como forma de existencia y como modelo laboral, parecía así estar definitivamente decidida, condenada a más o menos largo plazo, en función de la aceleración posible del proceso de industrialización en marcha, a su extinción económica.

### **Una conciencia fatalista: la inevitabilidad del modelo de modernización agraria urbano-industrial**

A pesar de sus protestas, los campesinos de nuestros grupos de 1975 compartían en realidad, tan conocida concepción "desarrollista" urbano-industrial de esta fracción de economistas y sociólogos —notarios y en ocasiones concelebrantes de las «exigencias del desarrollo» (FOESSA, 1970)—, resentidos, pero resignados ante la impuesta «racionalidad» económica, que niega al pequeño campesino parcelario el derecho a su supervivencia como clase social particular y como forma de vida tradicionalmente constituida. «El pequeño, *no hay nada que hacer* —pensaba el grupo de propietarios de regadío de Balaguer (DG2), más próspera e ilustrado que el castellano—. *Desaparece.*» La pequeña explotación tradicional —reconocían nuestros dos grupos de pequeños empresarios— estaba dejando de constituir la base de subsistencia suficiente para el mantenimiento de una familia campesina: «Antes las fincas... vivía una familia... ahora... pequeña *automáticamente* pequeña... —observaban, sugiriendo el carácter mecánico de la continua ampliación de la dimensión rentable mínima (DG2)— ...ha llegado un punto que no puedes vivir con aquella." "Antes, por ejemplo, una casa de aquí de Balaguer..., con cuatro fanegas de tierra vivía estupendamente, pero... con cuatro fanegas, ya no se puede vivir. Se necesita más.» «Nuestras haciendas son pequeñas se necesita más», concluían

(DG2). Representantes de una comunidad tradicional en que la propiedad está «muy repartida», los pequeños campesinos castellanos de Castro-ruño autodefinían su condición social con lacónica precisión: «*Propietarios, muy pobres ...*», cuya dimensión media se situaba —calculaban (DG1)— en torno a las 20 ha. (en su mayor parte de secano). «Resumiendo: con 20 ha. de terreno de secano —ponderaba, por su parte, el grupo de Balaguer (DG2)—, una familia no se mantendría.» Ello explica la sensación de empobrecimiento (relativo) de los agricultores, su conciencia de haber llegado a una situación límite en su degradación como clase: «Lo que nunca ha habido... tampoco en España la labor como es hoy —reflexionaban, con amargura, en Castronuño (DG1)—. Nunca ha existido el labrador... tan pobre.»

Finalmente, los grupos comprendían, describían y criticaban con gran claridad y precisión, el empeoramiento progresivo de la relación real de intercambio de sus productos agrícolas con los bienes y servicios del sector urbano-industrial, y la anulación a largo plazo de toda posibilidad competitiva de la pequeña-explotación agraria, si tal proceso proseguía mediante la inflación sistemática y permanente de los precios industriales (maquinaria, fertilizantes, etc.). «Ha subido la maquinaria... el 200%... más que el precio del cereal... Hace diez años un tractor le costaba a un labrador 50.000 kg. de trigo... el mismo tractor hoy le cuesta al labrador —evaluaban los de Castro-ruño (DG1)— 68.500... ¿Cómo se van a poner los labradores a pagar maquinaria...? Cada año la suben el 25%... y el abono... le han subido hasta el treinta y tantos por ciento. Ni con (el máximo) de kilos que produjeran, podrían pagar nunca...» En contrapartida negativa, los pequeños productores agrarios tenían que vender su producción a las grandes empresas industriales —a las poderosas azucareras, en el caso de la remolacha (DG1)—, o a los intermediarios, en cuyas garras —necesarias— siente el campesino que se encuentra también atrapado: empresas e intermediarios —pensaba— le compran a él a la baja, para revender luego sus propios productos con altos márgenes de ganancia. Al final de este circuito, cada vez más asfixiante —y reforzado por el progresivo endeudamiento del pequeño propietario con las instituciones de crédito—, el campesino se sentía atrapado, dependiente, cogido siempre por obligaciones que le superan: «siempre están pillados» (DG1).

### La modernización productiva como dependencia del complejo capitalista urbano-industrial

El modelo de desarrollo de una industrialización agraria dependiente de los intereses, la orientación y el cambiante ritmo del sector urbano-industrial, confirmaba —en definitiva— el *masoquismo básico* de la concepción campesina tradicional de la existencia, legitimado ahora por la forzada impotencia del campesinado ante una «racionalidad» extraña y avasalladora. En medio de la relativa euforia con que las clases urbanas, en general, pasaron a sentirse integradas en la nueva sociedad de consumo, los campesinos contemplaban, en cambio, hacia 1975 el supuesto *empobrecimiento relativo* de su mundo, como el fatal cumplimiento de una condena irreversible. «Cada vez vamos a peor: hoy —al campesino— le cuesta mucho más kilos de todo» (DG1). En agudo contraste con su función ideológica de símbolo del bienestar y de la promoción de las clases urbanas ascendentes, y de manifestación de la omnipotencia del aparato industrial, los prodigiosos logros del avance tecnológico aparecían así asociados para el campesinado a su propia decadencia como clase y como forma de vida histórica. Fenómeno que desde el punto de vista del trabajo, reflejaba particularmente en la ambigua actitud campesina frente a la motorización: en todos los grupos —tanto de independientes como de obreros— el resentimiento emocional profundo frente a la maquinaria, que devaluaba su fuerza de trabajo física y su experiencia tradicional, parecía sobreponerse a la valoración *racional* de sus ventajas técnicas para el cultivo. Como artefacto simbólico, y como instrumento técnico y económico real, el tractor encarnaba esta contradicción: su introducción masiva a lo largo de los últimos quince años, sin duda, había reducido la fatiga del trabajo agrícola, había aumentado su eficiencia, y había permitido restaurar en muchas pequeñas explotaciones el nivel mínimo de productividad convertido en necesario para mantenerse como empresa *marginal*;... pero en lugar de ser un instrumento de liberación definitiva, la maquinaria agrícola se revelaba en gran número de casos como la cadena que ataba definitivamente al pequeño-campesino al sistema urbano-industrial, y le convertía en dependiente del mismo técnica y financieramente (suministros, conocimientos, créditos). La aceptación de la maquinaria por el pequeño empresa-

rio agrícola aparecía como un rodeo engañoso que aplazaba la crisis de la pequeña explotación, dilataba su decadencia, para al final —temía el campesino— precipitarle en una ruina más profunda: en la carrera entre la rentabilidad de mercado de la incrementada producción, y los costes crecientes de la maquinaria agraria, ésta marchaba siempre por delante. «Yo antes era rico... Me vendí los animales, compré maquinaria... me he empeñado», sintetizaba el proceso un propietario de Balaguer (DG2). Frente a las exigencias crecientes de rentabilidad, impuestas a su explotación para mantener su autonomía, unidas a la difusión de los modelos de consumo urbanos entre sus familias, en el campesino se profundizaban los deseos de una mágica superfecundidad de la tierra, en una reclamación desesperada a la madre-tierra providente que le salvase de la agresión urbano-industrial, dándole directamente los frutos —el dinero— en que la ciudad funda su dominación: «Se ha llegado a un momento que si la tierra no se vuelve billetes de mil —reclaman los agricultores relativamente prósperos de Balaguer (DG2)—, los pobres de familia no se dónde vamos a ir.» De modo unánime, los campesinos empresarios de nuestro grupos se declaraban derrotados en su batalla por la supervivencia de su explotación siquiera como empresa marginal, y se abandonaban —en sus momentos de desesperación— a la fatalidad de una expropiación de sus tierras, convertida económicamente en ineludible: «Las 12 faneguitas cada uno..., pues mejor que nos las quiten de una vez —concluían con amargura, en diversas ocasiones, los de Castronuño (DG1)— y nos empleen en un sitio.»

### **Una moral de resistencia: seguir como labrador a pesar de todo**

Sin embargo, esta resignada aceptación a un destino de muerte por asfixia económica progresiva, dictado precisamente por la clase —la burguesía urbana— a la que ellos acusan de estar siendo su propia «explotadora», no significaba que el pequeño campesino parcelario estuviese dispuesto abandonar su explotación familiar: en profundidad, los campesinos de nuestros grupos se resistían a aceptar el *modelo empresarial y laboral productivista* propuesto por el sistema de valores «burgués» de la sociedad urbano-industrial, y supuestamente «necesario» al ser exigido por la estructura económica e institucional específica

del mercado capitalista en España. Por el contrario, la actitud básica del pequeño-campesino arraigado parecía orientarse hacia la preservación, mientras fuese posible, de su radical heterogeneidad, social, de su fijación tradicional en la pequeña propiedad y en la tierra, totalitariamente dispuesto a morir abrazado a la misma, antes que a cambiar su sistema de valores y sus pautas profundas de comportamiento. «En él se da una contradicción familiar presente e irresoluble —reflexionaba el obispo de Segovia, monseñor Palenzuela, buen conocedor del campesinado castellano (Sorel, 1975: 221)—: sabe que esta explotación es inviable, pero sigue apegado a ella.» Desde el punto de vista subjetivo, la mayoría de los agricultores independientes parecían sentirse demasiado vinculados a la explotación familiar resistiéndose a transformar su régimen empresarial o a abandonarla. Como observaban los campesinos de Castronuño que se habían quedado en el pueblo: «Aquí se mira el porvenir de los hijos..., pues, yo así puedo vivir toda la vida» (DG1). De modo objetivo, su poca deseada salida hacia otras soluciones —cooperativismo o emigración laboral— la contemplaban, además sometida a condiciones políticas y sociales que no controlaban y a las fluctuaciones de una oferta de trabajo que no tenía por qué coincidir con sus conveniencias individuales. «¿Qué tenemos que hacer? —resumen su situación los mejor acomodados campesinos de Balaguer (DG2)—. O nos quedamos sentados donde estamos, y nos comemos lo que tengamos que comer..., *pues no nos podemos mover.*» El núcleo de resistentes, de «los que quedamos», se sentía ya irremediabilmente ligado por su deseo de retener el capital familiar heredado, de recuperar las inversiones ya realizadas, religado de nuevo por las obligaciones contraídas durante los últimos años en su lucha por mantener la competitividad de la explotación, e inmovilizado por el agotamiento de sus reservas económicas. «Pero como tuvo la desgracia de nacer en un pueblo... y no tiene más remedio que ya ... aclimatarse a vivir... porque no se va a poner a... ya no está permitida la mendicidad. No va a ponerse a pedir, ¿eh? —reflexiona con el inconfundible humor masoquista el grupo de Castronuño (GD1)—, pues no tiene más remedio sobre que *el es labrador... aunque no esté produciendo el capital...* ya que has invertido en el terreno... en máquinas... el dinero en máquina... el poco que tenía y tal... aunque te esté produciendo ese dinero a un 2%... irá pagándolo.»

Como ya advertimos, la propia maquinaria destinada teóricamente a «racionalizar» la explotación, se convierte así en un vínculo más que fija al pequeño-campesino a una explotación «irracional», desde el punto de vista del centralismo tecnocrático establecido. «El que tenemos más remedio... si produce un 1%... ese uno que me encuentro» —piensa, en cambio, el pequeño campesino forzado a comportarse como empresario (GD1)—. Desde todos los ángulos, el campesinado resistente chocaba con hechos objetivos que apoyaban su profundo deseo de permanecer. Por ello, aun reconociendo la necesidad de su expropiación como empresarios, pedían un aplazamiento de su destino: «Que nos coloquen... pero... cuando llegue el momento» (GD1).

Porque más allá de todos sus evidentes condicionamientos económicos y sociales, en la vinculación del pequeño-campesino parcelario a su tierra latía, sin duda, una profunda *sobredeterminación afectiva*: la fijación (simbólica y emocionalmente incestuosa) del campesino tradicional con la madre-tierra, el deseo de una relación directa y libre en el disfrute de la misma, sin intermediario alguno, la vieja «hambre de tierras», equivalente humano del instinto de apropiación territorial, que durante mucho tiempo ha constituido una de las obsesiones y de las fuerzas radicales en la historia de la humanidad (Frazer, 1969).

Por inclinación personal y por la presión social de su medio ambiente, el pequeño campesino seguía estando dispuesto a absorber todas las tierras libres... y a soportarlas —mientras el cerco económico a que estaba sometido no terminase de arrebatarlas— con piadosa y ejemplar resignación. Tendencias profundas que se manifiestan en los grupos, en todos: entre propietarios y entre jornaleros-bajo la racionalización de la necesidad nacional (de la que por otra parte no cabe dudar, por ahora) del cultivo de la tierra: para evitar que «la agricultura, se quede sin nadie» (DG1), los campesinos siguen (afectivamente) predispuestos, por ello, a sacrificarse en su duro trabajo *para no dejar tierras perdidas*. Al contrario que «aquellos marqueses que dejaban las tierras perdidas... para cacerías y estas cosas», el puritanismo agrícola de los campesinos —de los de Castronuño, por ejemplo— les hace decir: "no dejo tierras perdidas", *«hay que soportarlas todas»* (DG1).

El cultivo —y la posesión— de la tierra aparecían así bajo la forma de un imperativo categóri-

co (de una compulsiva obsesión), más o menos racionalizado: «labrar las tierras... es pura necesidad» (DG1). Sin embargo, el ansia voraz de posesión de la tierra, la insaciable codicia campesina por ampliar su parcela, así como la necesidad objetiva de hacerlo, concluían también desvelándose en las discusiones de grupo —en los momentos de autoconciencia culpable— como uno de los fundamentos de su sacrificada adscripción al cultivo de la tierra: «En parte tenéis la culpa los labradores... —se advierte también en Castronuño (DG1). Ya habéis visto cuándo ha salido la subasta... del terreno libre que ha quedado... que os habéis subido a las nubes... así que el propietario tiene que decir: estoy cobrando nada por la renta...» Voracidad posesiva que contribuye a fijar al campesino a su condenada explotación, y a consolarle por sus sacrificios en su lucha por la supervivencia económica, resignado a seguir reproduciendo un comportamiento laboral regresivo, que —se piensa— ha sido hace tiempo superado en los países de agricultura desarrollada: «ahora que no iremos a la altura de estos países que a las seis de la tarde se van a casa. Nosotros a las seis... — advierten, también con humor masoquista, los empresarios, más ilustrados, de Balaguer (DG2)— *haremos otros hueco para que estas fincas no queden abandonadas...*». Y con este distanciamiento del modelo (más o menos idealizado) del «*farmer*» próspero, «racional» y competitivo de una agricultura definitivamente adaptada y reconciliada con la sociedad industrial, los campesinos españoles se autolegitimaban y se exculpaban —de modo *masoquista*— por su regresiva fijación en una concepción agraria tradicional y sin futuro.

### **La concepción campesina tradicional de la pequeña explotación familiar: un ideal de autosuficiencia frente al modelo empresarial productivista**

De tal modo, en cuanto se decidían a resistir como pequeños cultivadores, a salir adelante cómo y mientras pudiesen, permaneciendo sometidos a las exigencias estructurales de la pequeña explotación familiar, los campesinos representados en nuestros grupos seguían identificándose con la *concepción campesina tradicional del trabajo*, más o menos corrompida o deteriorada por las presiones «modernizadoras» del mercado y la cultura urbana para que el campesinado concluyese

se aceptando plenamente al *modelo empresarial y laboral productivista*. La actitud básica y más profunda del campesino independiente parecía ser la de continuar siendo *labrador*, humilde y marginado, pero dueño y señor de su tierra, y adaptándose tan sólo a la función de *empresario* —degradando su relación con la tierra a la de un instrumento «racional» de producción, y aceptando el espíritu de cálculo rentable como principio de su actividad—, de forma forzada y en la medida imprescindible para cumplir con su programa de resistencia. Paralizados como una forma osificada del pasado, los pequeños campesinos parcelarios parecían carecer —en principio— de la voluntad o de la capacidad de reacción necesarias para adaptarse al forzado *cambio de mentalidad productiva y laboral* que se les exigía (la mayor parte de las veces, desde una incomprendida actitud ideológica centralista y tecnocrática, que sólo contemplaba a la forma de existencia campesina como un fenómeno aberrante y pintoresco, destinado a desaparecer, y cuya destrucción conviene acelerar para mantener el ritmo de desarrollo... del sector urbano-industrial). También desde el punto de vista subjetivo, las actitudes del pequeño campesino parcelario típico —representado en nuestras reuniones— seguían demasiado arraigadas en la urdimbre afectiva profunda de su vinculación tradicional a la familia y a la tierra, para desear cambiar sus pautas de comportamiento laboral y productivo. De modo objetivo, la postulada reconversión de su mentalidad empresarial chocaba en la práctica, además, con las propias dificultades del mercado a que *debían* adaptarse —que está muy lejos de constituir ningún idealizado modelo de abstracta «racionalidad»—. ¿Y en realidad, cómo y para qué iban a *cambiar de mentalidad*, si sabían —y se les predicaba— su suicidio como clase? En la prolongada situación de *conflictiva* transición, el denominador común de los intereses de estos agricultores independientes parecía ser —en cambio— el preservar al máximo su autosuficiencia *social* y —sólo después— económica, de modo compatible con la impuesta adaptación a las nuevas condiciones de mercado y producción. Mientras el campesino propietario subsista como tal —y resista a las tendencias desintegradoras del desarrollo— *defender su autosuficiencia* —salvarse de la expropiación o de la absoluta dependencia de un mercado y de una tecnocracia estatal extraños y omnipotentes— aparecía —en nuestras reuniones— como la motiva-

ción radical de su conducta. El núcleo de los deseos y satisfacciones laborales del campesinado parcelario seguía así arraigado en el contexto de su forma de existencia *tradicional*; y desde un punto de vista económico y productivo, sus cambios caracteriales y de comportamiento práctico, tendían a limitarse a los exigidos por las ineludibles medidas defensivas para mantener su tradicional *status* de trabajadores *autónomos*, con el menor deterioro posible.

Esta actitud defensiva, asociada a una mayor o menor angustia, parecía ser, además, común a todas las clases, estratos o sectores del campesinado español independiente, que no sean el de la minoritaria gran empresa agraria; esto es, característica de la inmensa mayoría constituida por los pequeños y (relativamente) medianos propietarios. En este sentido, destaca —y en cierta medida, sorprende— la básica identidad entre los discursos sobre el trabajo campesino de las reuniones de grupo de Castronuño —preponderantemente propietarios en un área deprimida— y de Balaguer, formada por pequeños empresarios de una agricultura comercial desarrollada, en la zona de regadío de Lérida: en ambas reuniones, el clima masoquista de decadencia y la actitud de resistencia frente al modelo vigente de industrialización agraria fueron semejantes; en ambos discursos, la autodefinición del trabajador independiente campesino se realizó, incluso estilísticamente, con las mismas connotaciones. Las diferencias de conciencia y orientación social entre estas dos situaciones en términos económicos relativamente tan distintas, fueron más bien cuantitativas (mayor ilustración, nivel de aspiraciones, flexibilidad y ánimo de resistencia, etc., en Balaguer), que cualitativas (ambos grupos compartieron una misma concepción básica sobre la explotación familiar agraria y su futuro previsible). La observación estructural de Naredo sobre la extensión de la crisis de la pequeña explotación también a los cultivos intensivos de regadío —pese a su mejor comercialización— en principio, quedó así confirmada —al nivel de la conciencia— por nuestro grupo. (Aun cuando en Balaguer, dado el carácter rentable de sus explotaciones intensivas típicas, se mantenga latente y en algún momento emerja la ilusión del viejo modelo —idílico— de la explotación familiar autosuficiente y próspera: «Porque hoy una familia de agricultores que esté bien formada y tenga bastante tierra... y quiera trabajar... ganan como unos hacendados.») (DG2).

Por todas partes, el pequeño campesino independiente se siente condenado, y se repliega sobre su propia concepción de la existencia, dispuesto a sacrificarse defendiéndola.

Frente al (gran) empresario agrario, que ve en la tierra un capital a rentabilizar —según un modelo económico en proceso de mayor o menor expansión en nuestro país—, y al obrero agrícola ligado a la tierra tan sólo por su oferta de fuerza de trabajo, el pequeño-campesino parcelario consideraba, ante todo, a su trabajo como una actividad, casi natural, destinada a mantener la subsistencia de la unidad indivisible de la familia, la tierra y la explotación. Los criterios *tradicionales* del pequeño-campesinado se orientaban hacia el mantenimiento —y si es posible, la ampliación— de la explotación familiar por sí misma, con independencia del mercado: la *autosuficiencia* —que en el fondo pueda permitir al campesino hacer *su* real gana con *su* tierra— precedía y primaba sobre la rentabilidad externa; aun a costa de que su nivel de vida fuese inferior y su sacrificio laboral mayor la pequeña explotación familiar —generalmente en régimen de propiedad— tendía a estar «directamente ligada al trabajo, (y) a diferencia de la explotación capitalista, no es considerada por el agricultor familiar bajo un criterio de rentabilidad —reconocía Naredo (1971: 31)—, sino como un medio de ganarse la vida trabajando». El pequeño-campesino parcelario representa así la aberración —a los ojos de la economía del gran capitalismo— de resistirse a considerar su fuerza de trabajo como una mercancía (aunque ciertamente también podía considerarse su actitud —desde la perspectiva de una economía socialista— como la defensa reaccionaria de una utópica autonomía frente al progresivo *proceso de socialización del trabajo*).

### **Propietarios muy pobres: La posesión de la tierra como forma de subsistencia familiar**

Históricamente, el campesinado propietario señorial se ha caracterizado, además, por una concepción profundamente *tradicionalista* de la propiedad de la tierra y de las funciones fundamentales de la actividad campesina: la tierra ha sido considerada, ante todo, por el pequeño-campesino como la base y el signo de la independencia familiar, en una sociedad desigualitaria y conflictiva —dividida precisamente, en gran par-

te, por la cuestión de la distribución de la tierra (Malefakis, 1970)—, a la vez que como el reducto de la *heterogeneidad* rural, frente a una sociedad urbana, edificada sobre la subyunción —al menos política— del campesinado, y hostil o, al menos, ajena al mismo (Tomás y Valiente, 1971). *La posesión de la tierra* ha sido vivida por el campesino como una forma de subsistencia familiar independiente, de autonomía e identificación social, y de religación con la comunidad campesina, antes que como un instrumento para la producción «racional» y planificada, e incluso antes que como una fuente de beneficios económicos.

En la lucha por mantener la independencia de su explotación —y en último término, por evitar su expropiación—, el pequeño-campesino parcelario sólo confiaba, en profundidad, en su propia capacidad de sacrificio (y en la ayuda de sus familiares). A base de trabajar al máximo —«dale que te pego», como subrayaban los de Castrunuevo—, el agricultor independiente intentaba compensar la escasa dimensión de su dispersa explotación, y la desequilibrada relación entre capital invertido/fuerza de trabajo. Comportamiento tradicional que, de modo paradójico, se veía reforzado por la elevación general del nivel medio de productividad y de los salarios agrícolas que había supuesto la creciente mecanización de la agricultura española durante los últimos quince años: encontrándose la dimensión de su explotación por debajo del umbral de rentabilidad para la introducción de maquinaria, y falto además de medios económicos para pagarla y absorber los incrementos salariales, el pequeño-campesino procuraba sostener la endurecida competencia trabajando todavía más. «La pequeña explotación sólo puede hacer frente a estas diferencias de productividad y de retribución —observaba Naredo (1971: 76)— acentuando el ritmo de trabajo de la mano de obra familiar y fomentando su austeridad.» La desvalorización del propio trabajo, según los *standards* y precios del mercado capitalista de la fuerza en desarrollo, ha constituido así la condición de permanencia del pequeño-campesino en su parcela. «Los agricultores se atienen a su explotación —señalaba Pérez Díaz (1966: 84)—, en la medida que no valoran su propio trabajo... ni el de sus hijos.» La explotación familiar de la tierra se convertía de este modo en «autoexplotación familiar» en pro de la supervivencia del ideal de independencia campesina. «La explotación familiar lo es así a doble título —definía el propio

Víctor Pérez Díaz, en una formulación clásica y frecuentemente repetida en la sociología rural española (1966: 84)—: una familia explota la tierra *explotándose*.» (Pero a esta concepción valorativa, característica del cambio de estructura del mercado de trabajo y de mentalidad laboral, en el viraje español «neocapitalista» y «tecnocrático» de los años 60, hay que contraponerle necesariamente —en el caso de nuestro análisis— la propia valoración y propósitos del pequeño-campesinado: en principio, el pequeño-campesino *no valoraba su propio trabajo en los términos del mercado*, porque precisamente lo que intentaba es evitar su absorción por tal mercado; esto es, mantener, hasta el último aliento, su *autonomía laboral*, resistiéndose a quedar, de una forma u otra, expropiado de sus medios de producción tradicionales, a ser separado de *su* tierra. La actitud «neocapitalista» y «tecnocrática» frente al trabajo presupone, por el contrario, la aceptación de la dependencia laboral del capital organizado como norma universal de toda valoración: el trabajo sólo tiene un *precio* cuando la fuerza de trabajo, queda reducida a una mercancía dentro de un mercado de trabajo, más o menos moderado por la legislación de protección laboral en sus efectos, pero básicamente articulado por el juego de la oferta y la demanda. Lo que entraña un modelo laboral absolutamente opuesto a la concepción tradicional de la existencia y del trabajo del campesinado, que estamos estudiando.) La conciencia de «autoexplotación laboral» de la familia campesina —y su intensificación real, al menos de *relativa* (frente a la reducción del esfuerzo medio en las otras profesiones)— concluían cristalizando, en definitiva, como una consecuencia de la «agresión» urbano-industrial que supone el progresivo proceso de industrialización agraria.

### **La concepción tradicionalista del trabajo pequeño-campesino: una concepción masoquista**

Pero antes de su desaparición definitiva como tipo de explotación empresarial y como forma de vida, el pequeño-campesinado independiente realiza un último esfuerzo que —según los objetivos definidores doctrinarios de la «racionalidad» económica establecida —no puede hacer más que prolongar su agonía (e intensificar los rasgos *ma-*

*soquistas* de su comportamiento laboral). Como también en nuestras reuniones de grupo se ha puesto de manifiesto, el agricultor independiente, antes de declararse vencido intenta adaptar la producción de su pequeña explotación a las nuevas condiciones exigidas por la industrialización agraria: es decir, procura bien mecanizarse, bien aumentar las dimensiones de su explotación, bien de modo lógico y complementario ambas cosas a la vez. Pero como este esfuerzo económico lo realiza en función de la defensa de su propia independencia, con criterios *no capitalistas*, ajenos a la rentabilidad en el mercado de sus inversiones, el pequeño-campesino parcelario corría el riesgo de entrar en un círculo infernal y sin salida —más maquinaria, más tierra, más deudas—, que sólo puede mantenerse a base de incrementar todavía más su propio trabajo personal. Empujadas a la adquisición de maquinaria por la escasez de mano de obra y la elevación de los salarios, las pequeñas explotaciones toman su decisión de compra «no como resultado de estudiar la rentabilidad del capital a invertir —objetaba el economista Naredo (1971: 75)—, sino más bien como resultado de comparar las ventajas que ésta (la maquinaria) le brinda en relación con su forma de cultivo tradicional». Por lo general, la adquisición endeuda al agricultor; —«me vendí los animales, compré maquinaria». De este modo, en algunos pueblos de bajo nivel medio de renta, el parque de maquinaria puede superar las necesidades conjuntas del término: para «esas pocas hectáreas de terreno... —reflexionan en Balaguer, en un comentario campesino típico (DG2)— hay cuatro o cinco o seis veces más o diez de maquinaria». La situación se palía, desde luego, con el alquiler de la maquinaria a las otras explotaciones. Sin embargo, siguiendo la propia lógica de la autonomía pequeño-campesina, el ideal —a veces realizado como muestran nuestras reuniones— es extender la explotación acumulando más tierras en especial las de aquellos que no resisten y abandonan el lugar arrendado o vendiendo las suyas. (La esperanza de ser *el último*, y quedarse con toda la tierra del lugar, es una de las fuerzas secretas que, por lo menos a nivel preconsciente, mantiene al pequeño campesino más testarudo e infatigable adscrito «a la gleba» de su decadente explotación y comarca: los que se quedan se quedan —se ha visto claramente en nuestras reuniones— «para que estas fincas no queden abandonadas», «para no dejar tierras perdidas», «para llevar las tierras de cinco

hermanos que se fueron», etc.; esto es, para por fin, realizar el avaricioso sueño inconsciente del pequeño-campesino tradicional de acaparar todas las tierras y convertirse, de forma milagrosa, en uno de los secularmente envidiados grandes terratenientes. Pero los que se quedan tienen que pagar por su avaricia, que expiar su culpa por la posesión exclusiva de la tierra, renovando el carácter sacrificial de su trabajo, mientras los demás —liberados de la tierra— se pasan al *hedonismo* urbano.) Con frecuencia la extensión de la explotación —que casi nunca suele ser suficiente, dados los antieconómicos mínimos de la parcela originaria— tampoco restaura su rentabilidad, porque —como se ha puesto de manifiesto en la reunión de Castronuño (GD1)— el pequeño-campesino parcelario no realiza sus adquisiciones de nuevas tierras —por compra, arrendamiento o cualquier otra fórmula— según criterios capitalistas de su previsible rentabilidad en el mercado: con tal de completar su parcela, de hacerse con tal o cual pedazo de tierra, al que le tenga «echado el ojo», el campesino paga si puede, compite «subiéndose por las nubes», e incluso se endeuda más todavía. Los agricultores de tipo familiar, con tal de mantener y redondear su explotación «pueden renunciar a la renta de su tierra en propiedad y al beneficio neto, e incluso pagar por la tierra —observaba también Naredo en el mismo sentido (1971: 81)—, cuando la necesitan, precios que estén por encima de los que pagaría un empresario capitalista atendiendo a la rentabilidad de su inversión». El círculo de la defensa productiva de la pequeña explotación —más maquinaria, más tierra, más deudas— tiende así a cerrarse con la renovada exigencia de una intensa dedicación laboral real por parte del pequeño campesino, que neutraliza en parte la reducción de esfuerzo tradicional, conseguida por la maquinaria y los nuevos métodos técnicos. «De miseria en miseria», el agricultor independiente descubre que también ahora, como siempre, «hay que producir mucho... para vivir poco» (DG2).

Sin salida real hacia ese modelo de empresario próspero, integrado en la sociedad industrial... y descansado —sometido a un horario limitado: «en Francia son las seis y se ha terminado» (DG2), que se le presenta como el ejemplo de un futuro inexistente, pero milagrosamente realizado en los países desarrollados, el pequeño-campesino español se replegaba sobre su forma de vida tradicional y volvía a concentrarse en las tareas intermi-

nables de su pequeña explotación. Concentrado en esta relación absorbente con la tierra, el trabajo campesino es vivido también como imperativo categórico: «*porque hay que trabajar, porque hay que trabajar*» —autodefinían su comportamiento los campesinos de Castronuño (DG1). La mentalidad laboral del campesinado independiente seguía orientada —en principio— por el carácter voraz, avaricioso y masoquista de la *concepción campesina tradicional del trabajo*: para la que el trabajo se vive como una relación fundamental, totalizadora e ilimitada con la tierra, «trabajar, trabajar y trabajar; y dormir para trabajar...» —observaban los agricultores algo más «urbanizados» de Balaguer (DG2)—, caracterizándolo como una obsesión compulsiva absoluta, fatal, inexorable.

Concepción totalizadora de su relación fundamental con la tierra, la actitud laboral pequeño-campesino entraña su absoluta entrega al trabajo, la absorción de todas sus energías por una tarea inacabable. En este sentido, el trabajo es definido por su *ilimitación temporal*: «en la agricultura, pues, muchas horas... casi el horario no existe» (DG2), «aquí todo el mundo trabaja muchísimas horas» (DG1), «y si en vez de trabajar ocho horas, tengo que trabajar dieciséis, las trabajo» (DG1); el campesino se autorepresenta como «un obrero que está trabajando de día y de noche en el campo» (DG1), «teniendo que trabajar veinticuatro horas cada día» (DG2), «sin un día libre» (DG1). Pero además de ilimitada, para el campesino independiente su trabajo se le aparece lleno de fatigas, doloroso expiatorio y servil (es decir, se configura como un trabajo vivido de forma inequívocamente *masoquista*). «La agricultura es un trabajo pesado», además «más que la industria», «sometido al sol y a la lluvia» (DG2), doloroso —para el que «hay que dejar los riñones en casa» (DG1), socialmente degradado —«el agricultor se considera un trabajo más bajo», menospreciado por las mujeres a la hora de elegir pareja (DG2)—, que exige «luchar para hacer el trabajo» (DG2)—, pero sin esperanza alguna: «se podría luchar y trabajar... pero así, de esta manera» (DG1). El trabajo campesino adquiere así el carácter expiatorio de *un sacrificio*: el cultivo de la tierra aparece como un esfuerzo físico lleno de fatiga y doloroso (como si el campesinado tuviese que redimir la culpa de la humanidad por su agresión y dominio de la Madre Naturaleza). Sentido de autosacrificio —de honradas raíces arcaicas— que parece ser común al

campesino tradicional de todos los lugares. El obrero de la ciudad, se autocompadecían de sí mismos los campesinos chilenos en una reciente encuesta, «pasa más desahogo que el campesino», «vive mejor y no sufre tanto (en su trabajo) como el campesino»; «para el campesino chileno —concluye el investigador David Lehmann (1972: 74-75)— su destino es una vida de mucho trabajo y poco alivio». Los campesinos de nuestros grupos exhiben constantemente sus sacrificios como una reivindicación de clase y como una forma de exculparse de su apego a la propiedad de la tierra: «pero no podrían decir que es que llevas la vida de un burgués» —insisten los de Castronuño (DG1)—. Trabajo devorador y con sufrimiento, vivido con ansiedad y desesperanza, con una sutil e infinita tristeza, bajo los ojos despreciativos del ciudadano que va a comerse lo mejor de sus frutos, el pequeño-campesino se autocontempla como totalmente entregado a la madre-tierra, «enterrándose en ella», «quitándose así la vida» (DG1), para que los otros —sus impíos «exploradores»— vivan y derrochen. (En profundidad, en esta concepción campesina se expresa y realiza, de forma simbólica inconsciente, la relación incestuosa del campesino con la *imago* de la madre-tierra: su carácter angustioso y *masoquista* constituye, a nivel emocional, el elemento de identificación —como Deleuze piensa— de la  *fijación materna*. Resulta significativo que, como el propio Deleuze (1973) ha señalado, la obra literaria de Sacher-Masoch se desarrolle en el paisaje y en el clima emocional del pequeño-campesinado centroeuropeo del XIX, dominado por las aristocracias imperiales, vejado y humillado, pero resistente frente a las mismas por su tenaz y regresiva vinculación a la tierra <sup>4</sup>.

De aquí que la connotación más expresiva del trabajo campesino y la palabra más frecuentemente empleada por los propios campesinos para designarla sea la de «esclavo»: el pequeño-campesino *es* un esclavo (de la tierra, de su propio capital, de la industria que «le chupa», del propio Estado, al que necesita), la agricultura es un trabajo *muy* esclavo, etc. Por lo que en realidad, es un destino de sacrificio que algunos «han tenido la desgracia» de asumir: «nadie ha nacido para la agricultura» (DG2). Esclavo y mártir de la tierra —que le exige un trabajo devorador y sin esperanzas— y de la ciudad —que devora los frutos de su esfuerzo—, la agónica autorrepresentación del pequeño-campesinado es la de un Cristo —«he-

cho un Cristo» está después de su trabajo—, a la vez crucificado por el progreso y por la dureza y frialdad de su propia Madre Naturaleza. «Sed más fuertes que la tierra, decía Caton —les recuerda Joaquín Costa a los campesinos españoles—, si queréis ser su dueño y no su esclavo»: la ideología pequeño-campesina parte siempre de esta conciencia *masoquista* de esclavitud y explotación.

Tal *concepción masoquista* del trabajo, característica de la mentalidad *tradicional* campesina, e incluso acentuada por la acelerada decadencia del mundo rural, se contraponía en la dinámica de nuestros grupos de discusión, a la avasalladora irrupción de la *concepción productivista* del trabajo, impuesta por el desarrollo de la modernización agraria y de las relaciones capitalistas de mercado en la agricultura. Contraposición que de forma típica y sistemática se realiza a través de un doble movimiento: a un primer momento de exaltación de las virtudes del trabajo rural —momento de auténtico exhibicionismo *masoquista*—, tiende a suceder y a imponerse finalmente un segundo momento de progresivo distanciamiento crítico frente al propio comportamiento laboral, desde los criterios *productivistas* de la «racionalidad» capitalista en ascenso. En todos los grupos, la contradicción entre la mitificación *masoquista* del trabajo campesino y su autocritica desde el nuevo *principio de realidad* —el principio de eficiencia y rentabilidad— que empieza a superponerse a la concepción tradicional, se ha expresado de forma literaria con una auténtica representación de la parábola de «San Labrador, esclavo y mártir», de su tierra y su familia... y de la nueva y todopoderosa industria.

A través del insistente exhibicionismo masoquista de los grupos, la figura del campesino es —en principio— mitificada como la del más sacrificado héroe del trabajo nacional. La lamentación del campesino se convierte así en una forma de reivindicarle frente al sistema urbano-industrial: «Y eso es lo lamentable, que un señor que esté trabajando de día y de noche, *más que ningún obrero y más que nadie...*» (DG1), «trabajando veinticuatro horas al día... y que vuelque por la noche el tractor, porque tiene sueño y no puede dormir» (DG2). En ambos grupos, la santificación laboral del pequeño-campesino se personaliza: en Balaguer, en las figuras de dos hermanos —presentes— y sus hijos, representantes del modelo *tradicional*; en un ansioso e infatigable agricultor

—ausente—, que acapara, soporta y trabaja todas las tierras paternas, ante la emigración de sus hermanos, en Castronuño. Este último, relativamente joven —todavía en la treintena—, encarna para el grupo el modelo del «Santo Labrador», que es a la vez «el último resistente». Llevando «tierras de cinco hermanos», porque «quiere no perder el capital que ha heredado de sus padres», «muy trabajador, mucho, muchísimo más que nadie», «ese todos los días del año a destajo»; este labrador representa también el ascetismo de la forma de vida campesina, su rechazo de los modelos consumistas: «no pisa un bar», «no puede entretenerse para comer». Un comportamiento ascético y anticonsumista que los de Balaguer —después de subrayar con humor masoquista, el grotesco contraste entre el rudo campesino tradicional y las nuevas formas de ocio juvenil— creen necesario para la subsistencia de la agricultura (*tradicional*): «Que los que quedamos, no nos gusta ahora la discoteca —amenazan (DG2)—, y cuando lleguemos a las seis de la tarde digamos: ... que se fastidien los hierbajos.» Pero poco a poco en los grupos se va abriendo paso la comprensión semiconsciente del carácter sacrificial y autodestructivo de esta compulsiva entrega a la tierra: el ejemplar modelo de campesino tradicional resulta —reflexionan— que con sus ansias «se está quitando la vida», constituye un «extremo vicioso», es un enfermo —«si tiene cuarenta años cae enfermo»—, envejecido —«con cuarenta años ha trabajado más dura que si tuviera ciento cincuenta»—, lleno de las ansias regresivas campesinas de enterrarse, cavando y cavando, en la propia tierra— «no es gloria ese hombre, porque para mí lo que tenía que hacer hablando mal era coger y tirarse así de cabeza abajo»... (DG1). «Es un tonto...», «ha invertido toda su vida “en algo” que se valora muy poco», piensan los catalanes de Balaguer. Su compulsión refleja, en profundidad, una agresividad reprimida, que se proyecta sobre la maquinaria y sobre el propio trabajo: «hasta que no te gastes no paras», «antes de los tractores tenía dos o tres mulas, y no se conformaba con llevar dos... llevaba dos, tres o cuatro», ahora «la de maquinaria que habrá destrozado»; «hasta que no te gastes no paras», le dice a la máquina recién arreglada; «ha hecho unos destrozos terribles» (DG1). Cegado por su ansia laboral compulsiva, el incansable pequeño-campesino parcelario despilfarra todas sus energías en una actividad cargada de destrucción o sin sentido económico real.

### **Modernización agraria y concepción productivista del trabajo: una frontera de los años 70 para la generación de los hijos**

Así, al reflexionar críticamente sobre sus propios modelos de comportamiento laboral, los grupos iban aceptando —a nivel racional— los criterios de la concepción *productivista* del trabajo industrial y de la rentabilidad capitalista. «Esto es un atraso», denunciaban los de Balaguer (DG2). En realidad, trabajando de esta forma, el héroe laboral, pequeño-campesino —critican todos— lo hacía en beneficio del sistema industrial: «no trabaja más que para la maquinaria... porque no compensa luego» (GD1). La única solución económica «racional» es la de adaptarse a las nuevas condiciones de producción, abandonando el viejo modelo: al campesino infatigable, se le contraponen el «ingeniero», que calcula y sabe dosificar y aprovechar al máximo su esfuerzo. Con menos ansias, con menos esfuerzos, con criterios «racionales», se cree —aunque al nivel racionalizado de los buenos deseos— que el campesino sería más eficaz, y se aproximaría a los modelos industriales: «este chico... si tuviera un poco más de idea trabajaba la mitad... y hacía el doble». Renunciando a su comportamiento tradicional y regresivo, el campesinado *debería* intentar incorporarse al progreso: «tira para adelante y no mires para atrás» (DG1). Significativamente, los grupos concluyen sus parábolas sobre el santo y sacrificado, pero «irracional» trabajador campesino, con la reclamación de programa de formación profesional agraria... *para sus hijos*. (Pues «los que quedamos», los adultos actuales, arraigados en su forma de trabajo independiente y con escasas posibilidades de desarrollo, seguirán reivindicando su papel de sacrificados y explotados héroes del trabajo rural, con la conciencia culpable y resignada de saberse en contradicción con la «racionalidad» dominante, y destinados a la extinción.) «Lo que pasará: se cultivará algo mejor con el tiempo» —se confiaba en Balaguer (DG2)—, pero ya con otra generación. En su caso generacional, los grupos tendían a considerar que su situación era ya irremediable y que difícilmente superaría su pequeña explotación la prueba de la adaptación al modelo de la racionalidad productivista. Sus buenos deseos se limitaban —en definitiva— a tolerar la liberación de los hijos del modelo tradicional del trabajo *masoquista*, al convertirse éstos en «hijos

de papá», como los burgueses de la ciudad, o en recuperarlos para la comunidad campesina convertidos en ingenieros o técnicos (sin pensar en la modificación de la estructura de la propiedad y de las explotaciones que esa reconversión podía implicar).

La disociación de los hijos del modelo laboral campesino tradicional constituía —en consecuencia— el eslabón final en el proceso de desintegración de la estructura de la economía parcelaria familiar. La emigración de los hijos, su acrecentada movilidad social, y su eventual reconversión laboral, habían vuelto inviables en ocasiones las pequeñas explotaciones familiares, y de forma segura iba a poner fin —como los estudios de Pérez Díaz, entre otros, habían mostrado en los años 60— a su futura reproducción como unidad económica y como forma de existencia autónoma y «heterogénea». A tal proceso estaba contribuyendo —como señalaba Naredo— la imposibilidad para los pequeños-campesinos de «incrementar la retribución al trabajo familiar (a los hijos, sobre todo) en la medida en que aumentan los salarios», por el tirón alcista del desarrollo industrial. Y en este sentido, en los grupos de 1975 seguía reflejándose la misma ambigüedad de los padres con respecto a la evolución de los hijos, que el propio Víctor Pérez Díaz describía en el pueblo castellano de «Camino Viejo». Como campesinos arraigados, con una concepción tradicional del trabajo, todavía sobrevivían entre los agricultores independientes actitudes de intolerancia y de resentimiento frente a la nueva concepción de la existencia, influida por las pautas urbanas, y relativamente «más liberada» de la juventud rural actual: «Hay muchos jóvenes que lo que quieren —se les acusa en el propio Balaguer (DG2)— es no trabajar. Diversiones sí». Pero en general, los hijos aparecen como los representantes de la nueva «racionalidad», capaces de adaptarse a la dominante civilización «urbano-industrial», y dispuestos a liberarse para siempre de la «adscripción a la gleba», y de la concepción *masoquista* del trabajo, que comporta la pequeña explotación. Mientras que en la reunión de Castronuño, es el hijo —«un chaval de catorce años»—, el que desmitifica la incapacidad técnica y la irracionalidad que se esconden detrás del trabajo voraz e infatigable de su padre —«si mi padre no vale para esto, si es que es una cosa perdida» (DG1)—; en Balaguer se despide para siempre de su agobiado padre, marchándose a

Barcelona: «papá, usted libre hasta las doce de la noche, que yo me voy allá» (DG2).

Abandonado por la generación joven, si el pequeño campesino aún arraigado pensaba en abandonar también su numantina resistencia e incorporarse de alguna forma a las nuevas estructuras en desarrollo, las perspectivas que se le abrían —en la conciencia de los grupos del año 1975— parecían ser:

1. Las diversas fórmulas de cooperativismo (entre ellas, la agricultura de grupo).
2. El trabajo *a tiempo parcial* (que le permitiese compartir su explotación con otro empleo y le permitiese obtener unos ingresos adicionales).
3. En fin, emigrar al sistema urbano-industrial (manteniendo, si es posible, la propiedad de su tierra, convertido ahora en rentista).

Pero los grupos de 1975 contemplan estas perspectivas, de una forma racionalizada, tan sólo en los momentos de desesperación, cuando comprendían su imposibilidad de competir en un mercado estructurado por los intereses de la gran industria y de las grandes explotaciones agrarias. Sólo entonces se planteaban la posibilidad de un paso a la *gran dimensión* a través de una organización cooperativista que concentrase las parcelas y las maquinarias, reuniendo las condiciones para contratar a la mano de obra necesaria como *fija* y con seguridad social..., mientras a ellos se les conservasen sus títulos de propiedad, a la vez que se les asegurase «una colocación». «Que lo coja una cooperativa de... 112... y a los demás, que nos coloquen... —argumenta el grupo de Castronuño—... decir: este término municipal... ¿Es una cooperativa... de diez propietarios?, y si necesitaba 200 obreros... que pagara a los 200 obreros como fijos todo el año entero... hoy la remolacha... mañana... el maíz... hay que emplear aquí 50 tractores... o 25... Y 200 ó 300 en mano de obra... y obreros que estén por lo menos... con sueldo... y con todas las garantías de seguridad social y de todo... y era lo ideal.»

Sin embargo, en todos los grupos semejante reflexión no pasaba de representar un momento fugaz que tendía a concluir en la barrera de una profunda resistencia, de un sordo recelo del campesino frente al *sistema cooperativo*, tal y como funciona en la actualidad. «Es un fracaso el plan cooperativo... no estamos preparados para vivir en plan cooperativo —denunciaban los propios

payeses de Balaguer—... al cabo de tres o cuatro que funcionaron... hubo déficit de no sé cuantos millones de pesetas... que desaparecieron los millones de pesetas...» Ya que, en realidad, todas estas soluciones parecían ir en contra del deseo profundo del pequeño campesino arraigado que era el de *poder proseguir*, el de mantener su amenazada autosuficiencia: «disfrutar todo el mundo con lo poco que tenemos... con el granito de arena que tengamos cada uno» (DG1). Para ello, el campesinado en Castronuño, en Balaguer y en Abaño... soñaba con la restauración de un idealizado orden agrario pequeño-campesino, sostenido y defendido por el Estado, con lo que renovaban el viejo ideal del *colonato*: las tierras, libres de toda carga, debieran ser —afirmaban todos los grupos—: «para el que las trabaja», para el campesino cultivador directo. Y el Estado, agente ahora al servicio de la —según los campesinos— parásita y explotadora burguesía urbana, debía convertirse en un *Estado justiciero* que impusiese autoritariamente una política de defensa del campo, invirtiendo las metas y el sentido del actual proceso de desarrollo, para restablecer las relaciones de equivalencia entre el campo y la ciudad:

1. No permitiendo el actual despilfarro incontrolado del consumismo urbano (conseguido gracias a la explotación del campesinado).
2. Reequilibrando las relaciones de intercambio entre los productos urbanos y los agrícolas.
3. Equiparando los ingresos de los trabajadores agrícolas con los del sistema urbano-industrial.
4. Extendiendo las instituciones del Estado al mundo rural (la sanidad, la administración, la educación).
5. Poniendo fin así a la forzada emigración masiva del campesinado.

Programa que se resume en sacudirse el actual yugo de la ciudad, y poner la industrialización al servicio del campo, haciendo de éste —según la ya vieja propuesta campesina de Joaquín Costa— la plataforma de despegue del desarrollo nacional: «el asunto de la agricultura se necesita, como ya hemos dicho antes —proclamaban los payeses de Balaguer— *industrializarla... Hay que industrializar precisamente la payesía...*»

## 5. Agricultores empresarios: la lucha por la profesionalización como forma de autonomía



Desde 1975, fecha de realización de los grupos de discusión que nos han servido para el análisis de la mentalidad campesina tradicional, hasta 1988, año en el que se desarrollan los grupos de discusión que sirven de base al presente apartado, España pasa de un régimen autoritario a otro de monarquía parlamentaria en el que el sistema de libertades hace posible el nacimiento de las organizaciones agrarias. De un sistema de defensa de intereses agrarios que podemos calificarlo con Lehmbruch (1985: 445) de «corporativismo autoritario», se pasa —con un pequeño paréntesis de corporatismo societal durante los primeros años de la transición (Schmitter, 1974)— a un sistema neoliberal en el que, si bien todavía perviven los mecanismos centrales de protección de la agricultura introducidos por el Estado del Bienestar, van siendo progresivamente desmantelados. Paralelamente, el desarrollo de la sociedad de consumo en el que también se han visto inmersos los agricultores, ha hecho que las nuevas organizaciones agrarias vayan adquiriendo estrategias reivindicativas de tipo corporativo y una orientación básicamente profesional.

Podemos decir que durante este período se consuma la modernización del sistema productivo agrícola, aunque continúen existiendo bolsas de atraso en algunas zonas de la geografía nacional. Muchos campesinos durante estos años han transformado sus explotaciones accediendo con ello a la condición de agricultores empresarios, esto es, a la condición de agricultores con la capacidad técnica necesaria para obtener los rendimientos medios de su región, y orientar las explotaciones hacia la obtención del máximo beneficio económico<sup>5</sup>. Otros, en cambio, no han podido alcanzar ese estadio, retirándose de la actividad o pasando a engrosar el colectivo de jubilados o pluriactivos. La heterogeneidad del sistema agrario español, tanto en lo relativo a grupos sociales como a paisajes agrarios, obliga a tener en cuenta distintas situaciones e intereses diversos que se han hecho más evidentes, si cabe, tras el ingreso de

España en la Comunidad Europea. La incorporación ha desencadenado un proceso de cambios que conducirán a un nuevo descenso en el número de explotaciones y que ya está provocando fuertes enfrentamientos entre las organizaciones agrarias y la Administración.

El objetivo de este apartado es, por tanto, analizar el discurso de los agricultores frente a la nueva situación. No se trata aquí de presentar la mentalidad del moderno agricultor familiar en términos globales, sino de analizar desde un punto de vista ideológico y motivacional el posicionamiento concreto de este colectivo frente a su futuro profesional.

Los textos que utilizamos proceden de tres grupos de discusión que a su vez formaban parte de un estudio más amplio sobre estrategias de identidad de los agricultores<sup>6</sup> en el que se realizaron 16 discusiones de grupo. Dichos grupos reúnen las siguientes características básicas:

RG1 Medina de Rioseco	RG2 Belorado	RG3 Mota del Cuervo
Valle del Duero Medianos agricultores 60-120 ha. cerealistas/ secano (20-X-87)	Riojilla burgalesa Pequeños agricultores 30-60 ha. cereal/patata/ porcino (28-II-88)	La Mancha Pequeños agricultores 10-20 ha. viñedo/ ajos (5-IV-88)

En la fecha de realización, los agricultores españoles habían alcanzado un nivel de producción importante, aunque no suficiente para competir en producciones continentales —cereales, leche, remolacha, etc.— con los agricultores del resto de la Comunidad. Por otra parte, desde la entrada en la CE, algunas producciones como el cereal son excedentarias para la Comunidad con lo que la coyuntura viene caracterizada por la paradoja de que se exige a los agricultores la mejora de sus explotaciones para acortar distancias con sus colegas europeos, mientras se pone en marcha una política de restricciones a la producción. La reforma de la política agrícola común implica, a su vez, la reforma de las estructuras agrícolas de los países miembros, y si en términos generales los agricultores españoles se enfrentan al mismo problema que el resto de los europeos, la situación de partida es muy diferente como consecuencia de los menores recursos productivos y empresariales de los españoles debido a que la interrupción del proceso de creación de sindicatos

agrícolas y cooperativas durante el régimen franquista hizo que los agricultores cuenten en la actualidad con escasas empresas asociativas (caso del cereal) o con empresas como las cooperativas vitivinícolas que carecen de la más mínima infraestructura empresarial. Es, por tanto, la comercialización la asignatura pendiente de estos agricultores. Una actividad que tradicionalmente ha estado monopolizada por el Estado y que a partir de la liberalización cae en manos de multinacionales y almacenistas, e intenta ser asumida por los agricultores al objeto de superar el estadio de simple productor —en el que el principal objetivo es el aumento de la productividad— y convertirse en empresarios captando el valor añadido que acaparan otros colectivos profesionales.

En este contexto, hemos recogido el discurso básico de los agricultores respecto al papel del Estado y los modelos deseables de agricultura que se estructura en tres grandes bloques aquí denominados: a) bloque regresivo tradicionalista, b) bloque progresivo y c) bloque neoliberal.

El bloque regresivo contempla el corporativismo estatal como modelo deseable de organización (el Estado es la gran corporación que vela por los intereses de todos). Su característica esencial es la actitud de sumisión y demanda permanente frente al Estado. Estos agricultores, incapaces de lanzarse al mercado, esperan que el Estado tome las riendas de la situación: «Que nos digan que hay que hacer.» Con posibilidades muy limitadas para construir sociedades y organizaciones profesionales por no haber superado la condición de simple «productor», añoran la etapa en la que el Estado tutelaba los intereses agrarios y comercializaba completamente su producción. Consideran que el Estado debe mediar en los conflictos de interés que existen en el mercado asegurando al agricultor una renta equivalente a la de las clases medias urbanas.

La fracción progresiva, en cambio, es partidaria de la gestión de los asuntos agrarios mediante la concertación entre el Estado y las organizaciones agrarias para promover un desarrollo empresarial cooperativo del sector. Es decir, de un modelo de articulación de intereses que también se ha llamado «corporativismo societal» (Schmitter, 1979). Para esta fracción, la solución a sus problemas pasa por alcanzar el estadio de agricultor-empresario, incorporando a su ya demostrada capacidad de producción la actividad de la comercialización mediante la creación de empresas. Conscientes de

las dificultades que implica arrancar cuotas de mercado a las que ya están consolidadas y considerando que ha sido impropio la cesión del mercado de cereales que antes controlaba el Estado a las multinacionales, reclaman el apoyo de la Administración para la creación de cooperativas «bien hechas» y «protegidas en todos los aspectos», tal vez, porque en algún momento de la transición abrigaron esperanzas de que la Administración pusiera en manos de las organizaciones agrarias el complejo de almacenes y silos que controló durante tantos años el antiguo Servicio Nacional de Productos Agrarios.

Para esta fracción, el paso del monopolio estatal al casi monopolio privado de las multinacionales es contemplada como una «reprivatización» más, de las muchas que ha realizado la Administración con las empresas en crisis, sólo que en ésta adquiere los rasgos de la expropiación por cuanto ellos se consideraban accionistas. Para esta posición ideológica no existe libertad si el mercado está controlado por unas pocas multinacionales por lo que solicitan la presencia del Estado si no como empresa, o como garante de un modelo ya superado, si al menos como impulsos de esas nuevas empresas de tipo cooperativo que muchos agricultores están dispuestos a promover.

A diferencia de las dos posiciones anteriores, el bloque neoliberal considera perjudicial cualquier intervención del Estado, así como innecesario el protagonismo de las organizaciones agrarias. Las empresas agroindustriales — en las que pueden participar o no los agricultores— son las encargadas de organizar el mercado y en última instancia vertebrar la sociedad rural.

Esta posición ideológica que en nuestro estudio de referencia (Arribas, Camarero, Mazariegos y otros, 1988) fue expresada por agricultores con grandes explotaciones —muy superiores a las de los agricultores que constituyen los tres grupos de discusión seleccionados— y que en algunos casos resultaron ser, además, almacenistas, propone que sean las propias empresas agrícolas las que regulen el mercado, el Estado, en cambio, debe inhibirse en favor de un modelo en el que coexistan con las empresas multinacionales. Finalmente esta posición se caracteriza por la denuncia de la protección a las cooperativas en cuanto a exenciones fiscales, ayudas, etc., y critica la coincidencia de las posiciones regresiva y progresiva frente a las multinacionales con el tradicional discurso de la izquierda: «Eso que lo diga Marcelino Camacho

es comprensible, pero que lo digas tú, no», le replica un gran propietario e industrial agrícola de Villalón de Campos a otro bastante menos emprendedor.

Evidentemente, estas posiciones ideológicas, no sólo se circunscriben al ámbito de las relaciones con el Estado y al modelo deseable de agricultura, sino que se extiende a todo el ámbito de la vida rural, por ejemplo, a su opinión sobre el papel de los hijos; así mientras el bloque regresivo o tradicionalista pone de manifiesto el escaso compromiso de los jóvenes con la explotación agrícola y se centra en torno al tema de las herencias, la fracción progresiva contempla su actitud de distanciamiento respecto al mundo rural tradicional como un elemento positivo que puede contribuir a modificar las relaciones y los sistemas de trabajo dominantes en el medio rural: «... es que el padre mientras pueda con los pantalones, me cago en diez, es él, y no da confianza a los hijos, y eso ha pasado toda la vida. Yo he sido obrero de mi padre, no sé...» (RG1). Pero, como ya dijimos, no se trata aquí de hacer un análisis exhaustivo de la mentalidad del moderno agricultor, sino de centrarnos en las posiciones ideológicas de los medianos y pequeños agricultores acerca del papel del Estado y los modelos deseables de agricultura.

Las posiciones o discursos ideológicos diferenciados que acabamos de presentar atraviesan el conjunto del colectivo de agricultores, pero son más o menos dominantes según el grupo o categoría social de que se trate. En los epígrafes siguientes nos proponemos, por tanto, analizar sus manifestaciones concretas de esos discursos en tres importantes colectivos agrícolas: los medianos agricultores de secano próximos a lo que los técnicos califican como el umbral de las explotaciones viables —100 ha.—, los pequeños agricultores de regadío, y los agricultores aun más pequeños que comparten la actividad de agricultor autónomo con el trabajo asalariado ocasional.

### **Medianos agricultores: entre la profesionalización y la amenaza del éxodo**

«—El Gobierno nos sigue atornillando y este año nos ha bajado el 20%, por ejemplo.

—Entonces tendrá que haber menos agricultores.

—Claro.» (RG1).

El proceso de ajuste que atraviesa la agricultura y al que denominan proceso de «reconversión»

en un claro paralelismo con el proceso que han experimentado otros sectores de la economía española —especialmente la industria—, centra el discurso de estos agricultores: «... que el campo se está poniendo cada vez peor, que está habiendo una reconversión horrorosa» (RG1). Valoración expresiva que recuerda la caída de los precios del cereal durante la campaña anterior —por vez primera inferiores al precio de intervención— mientras se realizaban importaciones de cebada y porcino de los países del norte de Europa<sup>7</sup>. De seguir así las cosas, dice el grupo, muchos tendrán que abandonar, y si a ello añadimos la queja constante hacia una Administración que no habla de ello: «lo que pasa es que no lo quieren decir» tendremos un cuadro completo del contexto en el sitúan su actividad.

Contemplan la posibilidad de abandono: «con 60 ó 70 millones, tú no creas que se puede vivir sin trabajar» (PG1), aunque sin demasiada convicción, pues los programas concretos de jubilaciones anticipadas o de abandono de tierras no revisitan demasiado interés y tampoco divisan otras alternativas de trabajo. El significante «reconversión» connota indemnización o puesto de trabajo alternativo por estar tomado de la reconversión industrial: «si hay una reconversión fuerte y me dan otro trabajo por ahí, me piro» (RG1), pero la desconfianza en sus posibilidades de adaptación a otras actividades es también grande: «bueno, no es lo malo el que sobremos, sino lo malo es dónde vamos a ir» (RG1).

Es por ello que, a pesar de la clarividencia con la que vislumbran las dificultades de la agricultura y de su propia condición de agricultores, consideran de un modo obsesivo la ampliación de sus explotaciones. *La lucha por la tierra* se convierte así en uno de los rasgos centrales de su discurso aunque se convierta en una empresa difícil, dada la rigidez del mercado de tierra y lo elevado de los precios —con los que una ha. necesita mucho años para ser amortizada—. Cada vez son menos los agricultores de la zona que compran tierra, señalan los agricultores de Medina de Rioseco, y por el contrario, son empresarios y profesionales de otros sectores los que la adquieren, con el agravante de que las tierras en venta son a menudo parcelas incorporadas —en arrendamiento o aparcería— en la explotación de algún mediano agricultor que las pierde. Sus posibilidades de ampliar la explotación son, por tanto, cada vez menores y más costosas, lo que entra en contradicción con su

angustioso deseo de poseer más tierra: «pero es que yo también tengo que comprarlas, porque como me quede es que me muero de hambre...» (RG1).

El proceso de ajuste de la agricultura española se convierte así en un loca carrera por la ampliación de las explotaciones que genera hondos sentimientos de angustia: «yo tengo 100 ha. Bueno, pero lo que yo veo es que 100 ha., dentro de cinco años son pocas hectáreas. «Es terrible» (RG1), sólo suavizados por el deseo idealizante de obtener el respaldo de la Administración. Para estos agricultores mayoritariamente dentro de las posiciones ideológicas de lo que hemos llamado *bloque ideológico progresivo*, es imprescindible que la colaboración de la Administración empiece por la información: «Aquí que nos digan: bueno, señores, aquí la explotación media agraria tiene que ser de 500 ha.» para poder trabajar hasta la extenuación, si es preciso, autoexplotándose y renunciando a la remuneración media del capital que tienen invertido en la tierra: «Exacto, y entonces vamos a escornarnos para hacer 500 ha.» (RG1). Lucha por la tierra que en términos darwinistas produce como resultado la expulsión de los agricultores más débiles, pero también la intensificación de los ritmos de trabajo de los que se quedan, así como el aumento de los niveles de endeudamiento.

Desde un punto de vista utópico contemplan, por el contrario, una solución solidaria que tendría por objeto la intensificación de la producción: «Lo que hay que pensar, es que tenemos que vivir con lo que hay» (RG1), aunque no sin cierta polémica que divide al grupo entre aquellos partidarios de la solución solidaria: «Oye, no se puede echar a unos, y otros quedarse» y aquéllos otros que desde posiciones pragmáticas contemplan el sacrificio de unos en beneficio de todos, de igual modo que la familia campesina expulsa a unos hijos para que la explotación familiar continúe. El problema surge cuando ha de establecerse quién debe quedar y quién debe marcharse. «Pues ¡el más competitivo!» responde el grupo cayendo inmediatamente en una fase depresiva que le lleva a reconocer sus propias limitaciones: «Es que se ha quedado el malo, el que no ha valido pa otra cosa (...). Claro, los que no hemos valido pa estudiar». No obstante, matizan los cerealistas, se trata de una cuestión generacional, pues los jóvenes que han de sucederles estarán más capacitados.

La creación de *empresas cooperativas* es otro de los grandes ejes temáticos que atraviesan todo

su discurso. Este tipo de empresas, surgidas en cualquiera de sus múltiples variantes (crédito, comercialización, transformación, compra en común, etc.) en la fase histórica en que las relaciones sociales capitalistas penetraron en la agricultura, fue la respuesta de los agricultores a la primera gran crisis de la agricultura capitalista a finales del siglo XIX, y en España alcanzaron una notable extensión durante el primer tercio de siglo (Arribas, 1989/a). Kautsky, en su célebre estudio sobre las consecuencias de la crisis, puso de manifiesto que las cooperativas profundizan el desarrollo del capitalismo «creando una nueva comunidad de intereses y de trabajo» (Kautsky, 1974). Por ello, cuando estos cerealistas proponen su creación se están planteando —aunque ya en la fase de neocapitalismo de consumo, y en una nueva situación de libertades democráticas— una de las cuestiones fundamentales para el desarrollo de la agricultura.

A lo largo de la discusión, el grupo parte de una evidencia fundamental: las cooperativas actuales en su mayor parte no funcionan por la mediocridad —en el mejor de los casos— de sus resultados económicos, pero sobre todo porque están dirigidas por grandes agricultores que prosperaron bajo la protección del régimen anterior. De este modo, dirigen sus críticas más fuertes hacia la gestión —que califican de clientelista y caciquil—, pero también a la falta de participación de los socios, o, lo que es lo mismo, a su propia falta de participación, pues la mayor parte es miembro de alguna cooperativa. En el orden interno, concluyen, estas empresas no funcionan porque más allá del recurrente individualismo de sus socios, las prácticas de dirección son escasamente democráticas y en ningún caso incitan a la participación. En el plano económico, carecen de una buena gestión empresarial, no controlan el mercado con lo que no reportan beneficios económicos sustanciales y en última instancia, no resuelve los problemas de comercialización del agricultor.

El asunto nos remite a dos cuestiones básicas: de un lado, la capacidad de los propios agricultores-socios para intervenir en el control de la gestión —muy inferior a la de técnicos y directivos, aunque en ocasiones la de éstos también sea baja—, y de otro, la representación. Si los agricultores carecen de la suficiente preparación técnica y comercial para dirigir una gran empresa cooperativa, o para controlar su gestión, necesitan representantes en quien confiar: «gente que nos repre-

sente... y que nos defienda» —dicen estos agricultores cerealistas— pero distinta de los grandes propietarios acostumbrados a métodos del pasado clientelistas y autoritarios. La falta de participación en la vida asociativa de la cooperativa es, en definitiva, una cuestión de poder, los agricultores más grandes tienen una capacidad de decisión y control que es inmune a la crítica: «Coprova está manejada por dos o tres familias...» (RG1), lo que, a su vez, incentiva el desinterés y el absentismo de los socios con el resultado de que parte de la producción se desvía fuera de la cooperativa haciendo inviable cualquier estrategia comercial. Falta de compromiso de los socios e irregularidades en la gestión de unos gerentes a los que nadie somete a control, son dos características básicas de las cooperativas actuales: «... y no se va a las cooperativas por los pufos que hay», dice de forma expresiva uno de los agricultores (RG1).

Pero si resulta grave para el funcionamiento de estas empresas asociativas la falta de profesionalización de los socios, lo es aún más la falta de profesionalidad de técnicos y directivos (en algunos casos, especialmente en las vitivinícolas, el técnico de nivel máximo es un contable): «Cuando se nombra a un gerente de una cooperativa casi siempre se nombra al amigo del presidente o a no se que quién» (RG1). El grupo se autojustifica mediante la crítica de los agricultores más viejos cuya actitud sumisiva es la principal causa de la inoperancia de las cooperativas: «Ahora, yo creo que en poco tiempo, por muy zoquetes que seamos la juventud, llegaríamos a sobreponernos por encima de ellos y a defenderlo con más interés y con menos maldad que ellos...» (RG1). Los jóvenes, afirman —y se refieren a su grupo generacional, situado alrededor de los cuarenta años de media—, tienen mayor confianza en los demás que los viejos.

Otra cuestión es la identidad de los promotores de estas empresas cooperativas. La ausencia sindical, primero, la falta de recursos, después, han hecho que salvo contadas excepciones las cooperativas fueran promovidas por prohombres locales con intereses en Cajas Rurales o en empresas agroalimentarias. En otros casos, han sido los propios agentes de Extensión Agraria quienes promovieron grupos cooperativos en los que todavía hoy ejercen funciones de liderazgo y tutela. Sólo recientemente han sido creadas empresas promovidas por organizaciones sindicales. Estas cooperativas son, sin duda, el experimento más

interesante realizado en el campo español desde la transición democrática, pues incorporan a los nuevos líderes del campo español, jóvenes que, con una formación cultural ya «urbana» y al frente de unas explotaciones modernizadas por sus padres durante los años del desarrollismo, encabezaron los primeros conflictos de la nueva agricultura jugando un papel de liderazgo crucial para la gestación de las organizaciones sindicales.

La desconfianza de estos agricultores hacia las empresas cooperativas ya constituidas es un problema de clase. No existe identificación alguna con sus dirigentes. Sin embargo, la situación es mucho más favorable en las empresas asociativas construidas por los sindicatos agrarios. En nuestra opinión, el espíritu empresarial, que los más viejos no poseen pero del que están muy próximos los más jóvenes, junto al ambiente de ansiedad creado por el proceso de ajuste de la agricultura europea, el protagonismo de algunas organizaciones agrarias y la hipotética colaboración del Estado, pueden contribuir en un plazo no demasiado largo a modificar el panorama cooperativo.

El tercer eje temático que organiza la discusión del grupo es la *actividad reivindicativa* en la que las organizaciones profesionales agrícolas han jugado y juegan un papel fundamental: «Lo que teníamos que hacer es luchar para que con esas 70 hectáreas nos diera para vivir bien y podernos ir de vacaciones... Eso, eso... Eso es... ¿Cómo se consigue eso? Afiliándonos a unos sindicatos, haciendo unos sindicatos fuertes, y achuchando, y en vez de estar arando dieciséis horas, estar achuchando dieciséis horas» (RG1).

La estrategia reivindicativa y la profesionalización —uno de cuyos requisitos básicos es la existencia de organización profesional (Miller-son, 1964: 4; Arribas, López, 1989)— son expuestos por la fracción partidaria de la intensificación y contraria a la loca carrera por la ampliación de las explotaciones. La unión es, de este modo, el elemento utópico de una estrategia de oposición a la extensión de las explotaciones que haría posible la profesionalización de este colectivo social. No obstante, el problema con el que choca esta opción es la propia debilidad de las organizaciones agrarias —con una baja afiliación, escasos recursos económicos, y pocos años de existencia—, así como la ausencia de líderes y el arribismo o afán especulador de los que abandonaron las labores de organización sindical por los cargos en la Administración local y regional.

*La profesionalización por la vía reivindicativa* es defendida con mayor fuerza por la fracción que estuvo en su día afiliada a un sindicato, aunque al haberlo abandonado lo hacen desde un profundo sentimiento de culpa. No obstante, no es sólo el absentismo de los agricultores lo que explica la extrema debilidad del sindicalismo agrario, sino que la responsabilidad se desplaza hacia las organizaciones políticas: «No hay ningún partido que tenga ganas de hacer un sindicato» (RG1), con lo que el tradicional recelo campesino hacia la injerencia de los partidarios políticos se torna reproche hacia su falta de interés: «si yo soluciono mi cocido porque me llamen rojo, viva la madre que me parió» (RG1).

Si las anteriores líneas de actuación propuestas por el grupo de medianos agricultores no prosperan, al final se producirá una profunda *dualización económica y social* de la agricultura, es decir, la aparición de colectivos laborales al margen del sistema central y que carecen de los más elementales derechos sociales y profesionales (Goldthorpe, 1986). Si la penetración de capital procedente de otros sectores continúa al mismo ritmo, la mano de obra de las nuevas explotaciones serán los propios agricultores pero en condiciones que nada tienen que ver con el modelo de trabajador fijo asalariado que una lectura simplificada del marxismo contribuyó a difundir como el futuro de la agricultura capitalista y que los teóricos del desarrollismo tecnocrático de los años 60 pusieron de actualidad. Porque según nuestro grupo (RG1) la razón por la que llegan capitales foráneos es precisamente la existencia de agricultores con explotaciones pequeñas que proporcionan mano de obra barata: «... resulta que aquí un señor que ha ganado en la industria 100 millones de pesetas, si lo sigue invirtiendo a lo mejor en esa industria, también está mal hay que reconocerlo, tiene que montar una nueva fábrica, coger unos nuevos obreros y le van a hacer huelgas, le van a hacer no sé qué y tal, entonces llega y dice: ¿dónde están los mejores obreros de España? pues, en el campo. Se las doy a medias al amigo Arturo. Es un obrero que no hace huelga, que pone su maquinaria y le pago poco. Entonces viene aquí, tiene una seguridad en la inversión, que es las fincas y tiene un obrero barato» (RG1, 45).

Las características eminentemente rurales de la mano de obra de la meseta castellana ha sido puesta de manifiesto en incontables ocasiones. Michel Boyer (*El País*, 21, 22 junio 1988) redac-

tor jefe de economía del diario *Le Monde*, al que suponemos buen conocedor de la empresa Renault, la principal industria de la meseta norte, ponía de manifiesto en las fechas próximas a la realización del informe de referencia (Arribas, Camarero, Mazariegos y otros, 1988) que la meseta se está convirtiendo en una bolsa de trabajadores excelente para las multinacionales por su docilidad y baratura, características inequívocas de la población laboral constituida por propietarios de tierra. Sin embargo, parece que está a punto de producirse una vuelta de tuerca más en ese proceso de «ruralización» de la mano de obra consistente —según denuncia el grupo de medianos agricultores— en la llegada de capitales —ahora a la agricultura— destinados a la explotación de una fuerza laboral diferente. No se trataría ya del trabajador fijo en la industria que trabaja además, o posee, una pequeña explotación, sino del pequeño o mediano agricultor que realiza, junto a las labores de su explotación, las de un empresario capitalista o profesional urbano que reside fuera del hábitat rural. Ello nos llevaría a preguntarnos por la continuidad de un modelo de agricultura española y europea basada en la agricultura familiar, sustancialmente diferente de la americana basado en la gran explotación que utiliza mano de obra asalariada, ¿estaremos asistiendo al nacimiento de un nuevo modelo en el que las relaciones sociales y laborales se fundamentarán en la pluriactividad dominante y en la expansión de fenómenos duales en la agricultura.

### **Pequeños agricultores: entre la moralización de la agricultura y la profesionalización imposible**

La tierra es el factor estructural que limita en mayor medida las posibilidades de profesionalización de este grupo. El policultivo ligado al regadío y a la ganadería intensiva han sido, hasta el momento, sus posibilidades de subsistencia, pero la incorporación a la CEE ha venido a cambiar las cosas. Desde una perspectiva de competitividad, productividad y beneficio económico, criterios con los que analizan su propio futuro profesional, las previsiones son pesimistas, pues perciben el final de una etapa y el comienzo de otra que puede dar lugar a su desaparición como clase.

Las dificultades para ampliar la explotación adquieren en estos agricultores tonos dramáticos:

«Estamos más a comprar para poder asegurar un poco el puesto de labrador» (RG2). A diferencia de los medianos agricultores, para quienes la lucha por la tierra se centra en torno a las condiciones del mercado, estos agricultores la circunscriben al ámbito familiar quedando reducida a las escaramuzas domésticas: «Pues, si empiezas a hacer hijuelas para todo el mundo..., pues tú te quedas con el trabajo» (RG2). Y ello porque sus posibilidades de adquisición de la tierra son mucho más limitadas. El verdadero problema reside, entonces, en la forma de acceso al patrimonio familiar evitando el pago de rentas que, en su expresión, «descapitaliza el campo y les hace estar cada vez más empobrecidos» (RG2). Mantenerse en la actividad se convierte en una cuestión moral, expresada en el sintagma: «hay que sanear España», pues además del problema de la tierra existen —afirma el grupo— irregularidades en la percepción de subsidios y jubilaciones, incongruencias en un sistema de herencia que consideran injusto, etcétera. Pero sobre todo, la tierra está en manos de personas que cobran subsidios o son propiedad de unos hermanos que trabajan en la ciudad: «¿Quién tiene la propiedad? El que no trabaja» —nos dicen— proponiendo implícitamente una reforma agraria «a la inversa», en la línea sugerida en 1981 por Jesús García Fernández, catedrático de la Universidad de Valladolid y erudito geógrafo, consistente en «dar más tierra a los que aún no tienen bastante y dejar sin ella a las que tienen poca» (1981: 190); pues «el campesino, un trabajador más, es explotado por sus paisanos, los obreros de la ciudad» (1980: 131). Ello nos lleva a pensar que tal vez, el viejo «familismo amoral» de Banfield (1967), traducido por Víctor Pérez Díaz (1966) como «particularismo familiar», esté ya definitivamente liquidado.

La consideración de sus difíciles condiciones de existencia profesional, agravada ahora por el proceso de ajuste en el que se encuentra inmersa la agricultura española, conduce una vez más la mirada del grupo hacia la Administración, pues aunque mayoritariamente situado dentro del *bloque ideológico progresivo*, cuenta con una fracción fuertemente anclada en posiciones regresivas. Esa búsqueda del respaldo administrativo y la falta de respuesta conducen a la crítica exacerbada contra el Gobierno: «¡Que están!, me cago en diez, apoyando al grande en todos los sectores, no al pequeño. Y no es más que eso» (RG2). La conclusión es aquí unánime: la Administración go-

bierna teniendo en cuenta los intereses de otros colectivos sociales y en menor medida los suyos: «Lo que quiere este Gobierno es que sobre de todo pa que el consumidor lo compre tirao.» La contradicción en la que se sienten envueltos: aumento de la productividad, descenso de las producciones, se vuelve contra la Administración con la Reforma Agraria andaluza de fondo. ¿Cómo es posible expropiar tierra por bajo rendimiento cuando, al mismo tiempo se trata de reducir la oferta de productos agrícolas y se va a primar el abandono de tierras?, razonan estos agricultores. La Reforma Agraria andaluza sirve, así, para ilustrar las contradicciones y falta de rumbo de la Administración socialista, aunque también la irracionalidad de un sistema económico que provoca excedentes y es incapaz de remediar el hambre del mundo. Destruir los alimentos para eliminar excedentes es inmoral y la responsabilidad es de unos gobiernos que no controlan los mercados.

Además de las soluciones que les propone la Administración: barbecho con subvenciones, abandono de la actividad, incremento de la productividad, reducción de gastos, etc., y que con más o menos reparos están dispuestos a poner en marcha, contemplan el asociacionismo, el fortalecimiento de las empresas cooperativas existentes, o la creación de otras nuevas, como las únicas soluciones posibles, al menos, desde la posición de la fracción progresiva. Fracción que aporta al debate la convicción de que también pueden convertirse en «intermediarios» a través de las cooperativas, aunque otra fracción lo considera inmoral además de ineficaz: «Entonces somos charlamplines, todo el que tiene 200 oficios, mierda puta», «El que es labrador que sea labrador, el que es intermediario que sea intermediario» (RG2). La fracción progresiva insiste en la justeza y la oportunidad de ampliar los límites de la profesión orientándose hacia el comercio: «Claro, las cooperativas de comercialización están entre el agricultor y el consumidor», no obstante, señalan, es un camino plagado de dificultades debido a la poca «mentalidad» de los agricultores. Resolver los problemas de comercialización significa no sólo contar con mayores márgenes de beneficio, sino que comporta indudables ventajas de orden laboral: «vives más cómodo», «se aprovecha más el tiempo», etc., pues no olvidemos que incrementar su nivel de vida hasta alcanzar el del obrero urbano industrial continúa siendo su aspiración principal.

Pero si la falta de «mentalidad» —empresarial añadimos por nuestra parte— explica la precariedad de las cooperativas españolas, no justifica la inhibición del Gobierno, sobre todo teniendo en cuenta que en los años anteriores hubo una propaganda institucional importante en favor de su creación, y que ahora, cuando el momento parecería más oportuno que nunca, no existe interés por parte de la Administración: «Hoy estamos como si estariamos otra vez en la selva», «se esperaba más ayuda para las cooperativas de lo que han dado» (RG2). Además de contar con apoyos exteriores, el cooperativismo debe resolver problemas internos del orden de los ya reseñados por el grupo de medianos agricultores: técnicos comerciales que actúen como auténticos gerentes de empresa y una mentalidad empresarial por parte de los agricultores (señalan como problemas concretos la incapacidad de los mayores para asumir riesgos, el deseo de beneficios a corto plazo, la desconfianza, la falta de responsabilidad en las compras, etcétera).

Del mismo modo que los medianos agricultores a la hora de enjuiciar el fracaso del cooperativismo, los pequeños se desplazan de la autoculpabilidad a la crítica de los líderes y a la denuncia de falta de técnicos. La cooperativa funciona si hay técnicos que saben vender. El papel del agricultor queda, así, relegado a la condición de mero productor y colaborador de los técnicos<sup>8</sup>.

Resulta extremadamente curiosa la teorización de los agricultores a propósito de la relación OPAS-cooperativas, ya que a nuestro juicio es un discurso que, nacido de las altas instancias del aparato franquista durante los últimos momentos del régimen, ha continuado hasta la actualidad, pudiéndose encontrar en estudiosos de los temas agrarios, técnicos de la Administración, dirigentes sindicales, agricultores de izquierda etc. Se trata de la teoría de la «separación de funciones» por la que ambas entidades tendrían funciones diferentes, correspondiendo a las OPAS la actividad reivindicativa y a las cooperativas la comercial: «Si el sindicato comercializa, pierde la facultad de sindicato» (RG2) —dicen varios miembros del grupo— «El sindicato para poder sacar precios, y después estar en cooperativas». Y decimos que resulta sorprendente por cuanto en los países europeos con regímenes democráticos y en la propia España anterior a la Guerra Civil, las cooperativas han sido promovidas y controladas en su mayor parte por sindicatos agrarios. En la comarca de

Belorado, donde se celebró el grupo de pequeños cerealistas, los propios agricultores afiliados a la Unión desconfiaron de la iniciativa de su sindicato y prefirieron apuntarse a la que promovió Caja Rural —bien es cierto que en condiciones muy ventajosas: construía los almacenes y se los dejaba sin necesidad de pagar renta, les llevaba la contabilidad y presumiblemente les iba a dar facilidades financieras, aunque al poco tiempo se produjo un escándalo por impagos en una operación de venta de grano—. Tal vez, este hecho se explique por la propia debilidad del propio movimiento sindical, ya que en comarcas donde los sindicatos han alcanzado una notable implantación, han promovido cooperativas con notable éxito.

Contar con organizaciones agrarias capaces de movilizar a los agricultores se convierte, así, en una necesidad imperiosa en cuya satisfacción está en juego el propio futuro profesional: «Hoy en día se necesita eso (el sindicato) mucho más que a raíz de la dictadura. Mucho más, hoy en día es cuando se necesita. Obligados, ahora tenía que ser pero obligados...» (RG2).

Pero también resulta patético cuando la mayor parte del grupo pertenece a una organización profesional y se siente incapaz de interesar a los agricultores en la vida asociativa de su organización. Las razones habría que buscarlas en la falta de confianza en los agricultores y en la escasez y falta de preparación de los líderes. En tales circunstancias, un movimiento sindical fuerte, capaz de organizar grandes movilizaciones sólo es posible si cuenta con estímulos exteriores: «Como han tirado naranjas teníamos que haber tirado camiones de canales, o de cerdos.»

A la hora de abordar los actuales problemas se inclinan por una política de abaratamiento de «inputs» agrarios toda vez que el incremento de precios agrarios de garantía beneficia a los grandes. Son conscientes de que en la nueva situación es necesario producir más barato, pero nuevamente asignan al Estado la iniciativa, por ejemplo, construyendo un pantano que evite los gastos de bombeo del agua.

### **Trabajadores con tierra: entre la proletarización y la extinción como clase**

El discurso central de este grupo se articula en torno a la reducida dimensión de su propiedad y a la indefinición de su identidad: «Agricultor, agricultor, pues no. No, porque te sobra la mitad de

tiempo» (RG3). Las deficiencias técnicas y profesionales de su reducidísima explotación les impide contemplar cualquier posibilidad de profesionalización, por lo que reconducen el tema general de debate hacia su identidad. No obstante, y a pesar de que la mayoría central expresa su convicción de carecer de un futuro profesional: «El campo es el futuro para los grandes, para los pequeños no», una parte de él manifiesta su firme voluntad de resistencia: «yo antes hago lo que sea, antes de desaparecer» (RG3). De este modo, el discurso de estos agricultores, cuya identidad está más próxima del obrero agrícola que del agricultor profesional, se debate entre el sentimiento de agonía y la resistencia al abandono de una ocupación que ha sido parte esencial de su vida: «yo soy del campo y yo me siento libre aquí» (RG3).

Dentro de sus escasas posibilidades de continuar el proceso iniciado a mediados de los años 70: «fue un paso de gigante comprar un tractor» (RG3), contemplando como única salida posible la creación de *cooperativas de trabajo asociado*. Asociarse para producir significa resistir, adaptarse a un proceso de profesionalización que de otro modo terminará irremediamente expulsándoles de su ocupación: «Llega un momento en que te ponen entre la espada y la pared, como que o tienes que desaparecer o a ver qué haces», «Yo veo que me estoy muriendo poco a poco» (RG3), sentimientos agónicos que reflejan las condiciones objetivas en las que se desarrolla la actividad de estos pequeños agricultores.

Frente a los medianos, que con un nivel de profesionalización y unos recursos superiores proponen la creación de cooperativas de comercialización, los más pequeños descienden al ámbito de la producción. Las cooperativas de trabajo asociado, como alternativas a las cooperativas de comercialización (controladas por los medianos-grandes agricultores), adquieren una marca de clase específica: son empresas de pequeños agricultores cuyos rasgos de identidad esenciales (trabajo directo de la tierra, obtención de renta mediante el trabajo asalariado, etc.) les acercan a la condición de obreros agrícolas. Ello no impide que pertenezcan a cooperativas de comercialización como las existentes en la zona que, si bien, resuelven un tipo de problemas, dejan sin solución al fundamental: su incapacidad para ampliar la superficie de cultivo y renovar la maquinaria agrícola.

Al margen de la inseguridad que les produce la actual situación, saben que la actividad debe orien-

tarse hacia la producción de uva de calidad y la elaboración de mejores vinos. La transformación, o, en este caso, el embotellado que adquiere el valor simbólico de la calidad, permitiría captar un valor añadido que se desvía hacia otros colectivos profesionales. La contraposición cantidad/calidad es un tema recurrente en el discurso de los viticultores manchegos, conscientes de que la entrada en Europa significa a largo plazo la disminución del vino de baja calidad y la competencia con unos vinos europeos bien elaborados y con mejores canales de comercialización. La única esperanza es que las organizaciones agrarias impulsen un proceso de creación de cooperativas de producción en la línea de las cooperativas de comercialización que existen en el municipio.

En el debate sobre el modelo de organización deseable, el grupo se divide entre los que opinan que debiera existir una gran organización que aglutinase todo el sector y los partidarios de la organización sectorial: «Tú no puedes defender que suba el trigo cuando tú trigo no siembras» (RG3), pero si bien la organización sectorial les parece aceptable, la ausencia de organización efectiva les lleva a contemplar la unión de todas las fuerzas posibles. Por otra parte, el contenido interclasista de las cooperativas de comercialización da pie a la polémica en torno a la procedencia o improcedencia de ese modelo en el ámbito de la organización profesional: «Si ellos (los grandes) en una reivindicación eligen la subida del trigo, pues a ti, muy poco te puede importar, eso sería bueno que, en general, subiera el trigo, y tal, pero si aquí... ¿quién vive aquí del trigo? Pues los cuatro gordos que hay que si ellos llevan cuatro reivindicaciones una es la subida del trigo, el maíz no sé qué, la remolacha. Pues, nosotros podemos ser solidarios con ellos, pero claro, para eso tienen que ser solidarios con nosotros y eso no se da» (RG3).

Pero la debilidad que atribuyen a las organizaciones agrícolas no procede tanto de que las organizaciones agrarias no clarifiquen su contenido de clase, como de su propia pasividad y de la carencia de líderes carismáticos: «Están un poco flojos», «Yo diría también que no funcionan, aquí en el pueblo», «La base fundamental es que no queremos trabajar nadie.» Imagen de debilidad y sentimiento de culpa que definen la posición de este grupo, frente a las organizaciones agrarias. Consideran, no obstante, que es fundamental potenciar las acciones reivindicativas: «ahora, si hubie-

se una presión mucho más fuerte, pues entonces sí que hacían caso...» (RG3) tomando como referencia las formas de presión de los sindicatos obreros.

A pesar de que las diferencias de clase están permanentemente presentes, no creen que exista contradicción entre grandes/pequeños en reivindicaciones sustanciales como los precios; sí ven, en cambio, contradicción entre productores de diferentes productos. Como regla general, el grupo defiende que si un producto está mal, lo está tanto para los pequeños como para los grandes, aun a sabiendas de que éstos tienen mejores medios para subsistir debido a su mayor capacidad para reducir costes.

Respecto a la Administración mantienen posiciones similares a las de los pequeños cerealistas y demandan una mayor protección para la agricultura: «Yo pienso que esos problemas los conoce el Gobierno... los conoce y tendríamos que ser más apoyados» (RG3). Conscientes de que la agricultura disfruta de subvenciones en la Comunidad, reafirman su deseo de que el Estado intervenga los precios y garantice un nivel de vida equiparable al de los trabajadores urbanos: «Hombre, de alguna manera tiene que remunerar a los agricultores. Estaría bueno que encima de los excedentes no se hicieran cargo de ello. ¿Entonces, qué?», «Porque todas las ganancias que está teniendo ahora mismo la Banca, la empresa privada y todo eso, salen de la materia prima de los agricultores» (RG3).

El Estado debe proteger a los agricultores del mismo modo que protege otros sectores económicos o de la misma manera que lo hace con otros colectivos sociales. Del mismo modo que los pequeños cerealistas el grupo expresa su convicción de que es al Estado a quien corresponde garantizar la salida de sus productos a precios dignos, de ahí que demanden regulación para productos como el ajo, que podría ser una alternativa a la vid: «Más de la mitad de la economía de la Mota es del ajo, más de la mitad. Y es un producto que no tiene precio estipulado por el gobierno» (RG3).

Coinciden también con los pequeños cerealistas en la valoración que hacen del Tratado de Adhesión: La firma fue precipitada y favoreció fundamentalmente a los países del norte en la medida que nos compromete a financiar excedentes que España no ha producido. Aunque, en general, contemplan la incorporación a Europa en térmi-

nos más positivos debido a que los precios de intervención del vino estaba muy por encima de los españoles antes de la adhesión, y la política europea de congelación de precios les permite disfrutar hasta 1992 de progresivos aumentos. Por otro lado, la buena comercialización de los vinos franceses hace que las empresas del país vecino prefieran comprar en España el destinado a la entrega obligatoria contribuyendo al mantenimiento de los precios españoles.

Construyen una imagen de Europa sobre la distancia, los agricultores europeos poseen un nivel de vida superior debido a que han disfrutado de mayor protección con lo que Europa representa el nivel de profesionalización que es necesario alcanzar: «Llevan veinte o treinta años de adelanto.» No obstante, la posición del grupo no es uniforme, pues si de un lado una fracción con posiciones ideológicas progresivas se muestra totalmente entusiasta, la fracción dominante dentro de lo que hemos llamado *bloque ideológico regresivo* expresa fuertes sentimientos nacionalistas y se muestra muy reticente. Para estos agricultores, la incorporación a Europa representa el desmantelamiento del proteccionismo tradicional: «Nos van a desbanca y se van a venir con los cuartos, se van a venir aquí, y nos van a echar fuera de España y se van a quedar a coger el sol. Y van a vivir como reyes, aquí en España y nosotros nos vamos a tener que ir debajo del agua...» Texto casi poético que recoge a la perfección el sentimiento agónico y la posición regresiva de un grupo social atrapado entre un mundo tradicional ya casi desaparecido y una modernización que irremediamente les expulsa o les condena al «salario social».

#### REFERENCIAS

- AGLIETTA, M. (1979): *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*. Madrid, Siglo XXI.
- ALAVI, H. (1976): *Las clases campesinas y las lealtades primordiales*. Barcelona, Anagrama.
- ALONSO, L. E. (1990): «Agrarismo, populismo y división internacional del trabajo», en *Agricultura y sociedad*, n.º 55.
- ARIES, Ph. (1988): «La historia de las mentalidades», en Le Goff, J., y otros (eds.): *La Nueva Historia*. Bilbao, Mensajero.
- ARRIBAS, J. M. (1989/a): «El sindicalismo agrario: un instrumento de modernización de la agricultura», en *Historia Social*, n.º 4.
- ARRIBAS, J. M., y LÓPEZ, A. (1989/b): «El proceso de profesionalización de los agricultores cerealistas», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 51.
- BANFIELD, E. (1967): *The moral basis of backward society*. New York, The Free Press.
- BOLAFI, G., y VAROTTI, A. (1973): *Agricultura capitalista e classi sociali in Italia 1948-1970*. Bari, De Donato.
- CANALES CERÓN, M. (1988): *Minorías del progreso. Estudios sobre la condición ideológica del campesinado chileno*. Tesis Doctoral, Facultad de CC. Políticas, UCM.
- CASTILLO, J. J. (1979): *Proprietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España*. Madrid, Ministerio de Agricultura.
- COSTA, J. (1911): *La fórmula de la agricultura española*. Madrid, Biblioteca Costa, tomo I (edición Tomás Costa).
- DELEUZE, G. (1973): *Presentación de Sacher-Masoch*. Madrid, Taurus.
- FOESSA (1971): *Informe sociológico sobre la situación social en España 1970*. Madrid, Euroamérica.
- FOURASTIE, J. (1956): *La productividad*. Madrid, Ediciones de Dirección y Productividad.
- FRAZER, J. (1969): *La rama dorada*. México, FCE.
- FREUD, S. (1967): *Una teoría sexual*. Madrid, Biblioteca Nueva, Obras Completas, vol. I.
- (1968): *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Madrid, Biblioteca Nueva, Obras Completas, vol. II.
- GARCÍA DELGADO, J. L., y ROLDAN, S. (1973): «Contribución al análisis de la crisis de la agricultura tradicional en España: los cambios decisivos de la última década», en AA. VV.: *La España de los años 70*. Madrid, Moneda y Crédito, vol. II.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1981): *Desarrollo y atonía en Castilla*. Barcelona, Ariel.
- GAVIRIA, M. (1975): «La dependencia de los agricultores», en *Cuadernos para el Diálogo*, n.º XLV.
- GOLDTHORPE, Jh. (1986): «El fin de la convergencia: tendencias corporatistas y dualistas en las modernas sociedades occidentales», en *Papeles de Economía Española*, n.º 27.
- GONZÁLEZ, J. J.; DE LUCAS, A., y ORTÍ, A. (1985): *Sociedad rural y juventud campesina*. Madrid, Ministerio de Agricultura.
- GONZÁLEZ, J. J. (1989): «El discurso jornalero: desarticulación de la conciencia de clase y pérdida de identidad», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 50.
- GRANOU, A. (1974): *Capitalismo y modo de vida*. Madrid, Alberto Corazón.
- HARRIS, M. (1990): *Antropología cultural*. Madrid, Alianza.
- HOBBSBAWM, E. J. (1968): *Rebeldes primitivos*. Barcelona, Ariel.
- (1976): *Los campesinos y la política*. Barcelona, Anagrama.
- (1987): *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona, Crítica/Grijalbo.
- IBÁÑEZ, J. (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*. Madrid, Siglo XXI.
- IPOLA, E. (1982): *Ideología y discurso populista*. México, Folios.
- KAUTSKY, K. (1974): *La cuestión agraria*. Barcelona, Laia.
- LEHMBRUCH, G. (1985): «Democracia consociacional, lucha de clases y nuevo corporatismo», en *Papeles de Economía Española*, n.º 22.
- LEHMANN, D. (1972): *El campesinado clase y conciencia de clase*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- LEWIS, O. (1972): *La cultura de la pobreza*. Barcelona, Anagrama.

- LORENZEN, A. (1976): «Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo». Buenos Aires, Amorrortu.
- LORENZEN, P. (1976): *Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo*. Buenos Aires, Amorrortu.
- MALEFAKIS, E. (1970): *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*. Barcelona, Ariel.
- MARTÍN BLANCO, M., y RAMOS TORRE, J. I. (1966): *Estructura económica de la empresa agraria*. Madrid.
- MARX, K. (1971): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Barcelona, Ariel, 2.<sup>a</sup> ed.
- MARX, K. (1973): *El capital. Libro I, Capítulo VI (Inédito)*. Madrid, Siglo XXI.
- ARRIBAS, J. M.; CAMARERO, J.; MAZARIEGOS, J., y otros (1988): *Estrategias de identidad de los agricultores*. Madrid, Emopública (Informe policopiado).
- MILLERSON, G. (1964): *The Qualifying Associations: A Study in Professionalization*. Londres, Routledge and Kegan Paul.
- MOYANO, E. (1988): «La agricultura entre el nuevo y el viejo corporatismo», en Pérez Yruela, M., y Giner, S. (eds.): *El corporatismo en España*. Barcelona, Ariel.
- NAREDO, J. M. (1971): *La evolución de la agricultura en España*. Barcelona, Estela.
- OFFE, C. (1990): *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Madrid, Alianza.
- OLSON, M. (1971): *The logic of collective action*. Cambridge (Mass.), Harvard University Press. Ed. rev.
- ORTÍ, A. (1984): «Crisis del modelo capitalista», en Sevilla, E.: *Sobre agricultores y campesinos. Estudios de sociología rural en España*, Madrid, Ministerio de Agricultura.
- (1986): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión en grupo», en García Ferrando, M.; Ibáñez, J., y Alvirá, F. (eds.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid, Alianza.
- PANICH, L. (1986): *Working politics in crisis*. Londres, Verso/NLB.
- PASQUINO, G. (1988): «Participación política, grupos y movimientos», en Pasquino, G., y otros (eds.): *Manual de Ciencia política*. Madrid, Alianza.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1966): *Estructura social del campo y éxodo rural*. Madrid, Tecnos.
- PIZZORNO, A. (1987): «Considerazioni sulle teorie del movementi sociali», en *Problemi del socialismo*, n.º 12.
- RAMBAUD, P. (1989): «Modelos de cálculo y estrategias de identidad en la agricultura», en *Agricultura y Sociedad*, n.º 49.
- REGINI, M. (1990): «El declinar del intercambio político centralizado y la emergencia de formas nuevas de concertación», en Ojeda, A. (ed.): *La concertación social tras la crisis*.
- SERVOLIN, C. (1977): «Aspectos económicos de la absorción de la agricultura en el modo de producción capitalista», en *Zona Abierta*, n.º 12.
- SMITTER, Ph. (1974): «Still de century of corporatism?», en *The review of Politics* (University of Notre Dame, Indiana), n.º 36.
- (1985a): «Neocorporatismo y Estado», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 31.
- (1985b): «Reflexiones sobre adónde ha ido la teoría del neocorporatismo...», en *Papeles de Economía Española*, n.º 22.
- SMELSER, N. J. (1971): *Theory of collective behavior*. New York Free Press, 2 ed.
- TAMAMES, R. (1971): *Problemas fundamentales de la agricultura española*. Madrid, Zero-Zyx.
- TOMÁS Y VALIENTE, F. (1971): *El marco político de la desamortización en España*. Barcelona, Ariel.
- (1974): «Recientes investigaciones sobre la desamortización. Intento de síntesis», en *Moneda y Crédito*, n.º 131.
- TÖNNIES, F. (1979): *Comunidad y asociación*. Barcelona, Península.
- VILAR, P. (1980): «¿Economía campesina?», en *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica/Grijalbo.
- (1986): *La Guerra Civil española*. Barcelona, Crítica/Grijalbo.
- VERGOPOULOS, K. (1980): «El capitalismo diforme», en Vergopoulos, D., y Amin, S.: *La cuestión campesina y el capitalismo*. Barcelona, Fontanella.
- WALTZLAWICK, P., y otros (1981): *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona, Herder.
- WILDEN, A. (1979): *Sistema y estructura*. Madrid, Alianza.
- ZIEGLER, J. (1988): *La victoria de los vencidos*. Barcelona, Ediciones B.

## NOTAS

<sup>1</sup> Frente al uso exclusivo de la encuesta estadística de opinión precodificada (de posibilidades heurísticas muy limitadas para el estudio de imágenes, actitudes y motivaciones e inviable, sobre todo, para la producción de discursos), el desarrollo de las investigaciones sociológicas de campo ha ido introduciendo —también en España— las técnicas o prácticas de la entrevista abierta semidirectiva y de la discusión de grupo (pequeño grupo de debate abierto compuesto por cinco-diez personas representativas de una clase o de una posición social determinada). Se trata también de prácticas de encuesta (si bien, no estadísticamente representativa de hechos y opiniones reductibles a datos) para producción y análisis de los discursos ideológicos básicos de clase (el «discurso pequeño campesino» o «el discurso jornalero», etc.). Ya que lo que se pretende mediante las mismas es que las personalidades o microgrupos encuestados —representantes de macrogrupos sociales determinados: pequeños agricultores del Duero o jornaleros del latifundio andaluz— produzcan discursos significativos, en cuanto articulaciones simbólicas —a nivel manifiesto consciente y latente preconsciente— expresivas de su mentalidad, formas de autorracionalización, representaciones y proyectos ideológicos, proyecciones motivacionales, etc. En su forma más «abierta», espontánea o no directiva, estas prácticas de investigación sociológica —a partir sobre todo de 1965— han sido desarrolladas y aplicadas —entre otros— por el núcleo localizado en Madrid, de colaboradores y discípulos del sociólogo Jesús Ibáñez, que ha sistematizado su larga experiencia y sus aportaciones metodológicas a esta forma de investigación empírica en su obra *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica* (1979). De forma complementaria puede consultarse también —sobre la orientación de esta escuela madrileña de «cualitativistas»— el artículo de Alfonso Ortí: «La apertura o el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», recogido en García Ferrando y otros (1986).

<sup>2</sup> La aplicación de la técnica o práctica de la discusión de grupo en los estudios de sociología rural en España ha ido paulatinamente ampliándose desde los años 1960,

pudiendo ya señalarse —entre otras— algunas publicaciones —cuya base empírica está constituida por *entrevistas abiertas y/o discusiones de grupo* realizadas por los sociólogos pertenecientes al círculo de la mencionada —en la anterior nota— *escuela madrileña de cualitativistas*. Entre ello, por ejemplo, el artículo «Crisis del modelo capitalista y reproducción del proletariado rural (represión, resurrección y agonía final de la conciencia jornalera, un análisis mediante discusiones de grupo)», de Alfonso Ortí (artículo recogido en Eduardo Sevilla (1984); así como, *la parte cualitativa* —basada sobre *discusiones de grupo* y complementaria de la *encuesta estadística* también realizada— del libro: *Sociedad Rural y juventud campesina (estudio sociológico sobre la juventud rural, 1984)*, de Juan Jesús González, Angel de Lucas y Alfonso Ortí (1985); e igualmente, el artículo de Juan Jesús González sobre «El discurso jornalero: desarticulación de la conciencia de clase y pérdida de identidad» (1989); o, en fin, el artículo de José María Arribas y Antonio López: «El proceso de profesionalización de los agricultores cerealistas» (1989).

<sup>3</sup> Promovida por el interés de recoger el testimonio de un análisis empírico inédito sobre la *mentalidad campesina tradicional* en su fase de agonía final, esta segunda parte del presente artículo resume la sección titulada: *El discurso pequeño campesino: crisis de la pequeña explotación y agonía del cultivo parcelario* de un estudio e Informe del año 1975 sobre *Actitudes del campesinado ante el trabajo y la educación*, de Alfonso Ortí, en ejemplar policopiado del Instituto ALEF (de estudio y encuestas) de Madrid. Otra sección de este Informe —basada en la realización y análisis de tres *discusiones de grupo* con jornaleros— dio lugar ya al artículo de A. Ortí —citado en la anterior nota sobre «Crisis del modelo capitalista y reproducción del proletariado rural (represión, resurrección y agonía final de la conciencia jornalera...)» En cuanto a la sección inédita —ahora resumida— sobre *el discurso pequeño campesino...* fue en su momento citada y comentada por el sociólogo Juan José Castillo en su obra histórica, ya clásica: *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino* (1979), mientras que por su adecuación a la contradictoria situación de «doble vínculo» del pequeño campesinado tradicional, el propio Juan José Castillo antepuso el título de *Propietarios muy pobres* a su magnífica monografía, recogiendo precisamente una plástica expresión de un pequeño agricultor de la discusión de grupo de Castronuño —10/5/1975— de este mismo estudio e Informe de 1975. Una expresión, cargada de sentido ideológico, que a su vez utiliza el gran maestro de historiadores Pierre Vilar en su obra de síntesis *La Guerra Civil española* (1986), al referirse a esa «masa de arrendatarios y de propietarios muy pobres, en los límites de la subsistencia» y dependientes por ello de la gran propiedad (1986: 15) que va a conseguir movilizarlos en su defensa en la crisis bélica de 1936. Lo que probablemente ha ignorado el maestro Vilar es que tal frase «propietarios muy pobres» había sido realmente formulada por un pequeño campesino en el año 1975 que declaró asimismo, haber militado en la guerra Civil en el Bando —*prolatifundista*— del general Franco (ejemplo de *historia oral* que muestra cómo la investigación sociológica y la investigación historiográfica pueden y deben apoyarse mutuamente).

<sup>4</sup> En su obra *Presentación de Sacher-Masoch* (1973), el filósofo francés Guilles Deleuze contrapone como absolutamente opuestos dos arquetipos: el *arquetipo del sádico* (figura de referencia de los textos narrativos del marqués de Sade) frente al *arquetipo del masoquista*

(encarnado por las víctimas sufrientes de las novelas del esclavo Leopold Von Sacher-Masoch, entre las que resulta particularmente significativa *La venus de las pieles*, de 1870. Deleuze insiste en la necesidad de diferenciar ambos arquetipos, disociándolos del *síndrome o entidad sado-masoquista* que en la obra de Freud aparece como un complejo unitario (al suponer Freud que «un sádico es, al mismo tiempo un masoquista y al contrario», pues «aquel que halla placer en producir dolor a otros en la relación sexual —*posición sádica*— está también capacitado para gozar del dolor que puede serle ocasionado en dicha relación como un placer —*posición masoquista*—» (Freud, 1967: 783). Para Deleuze, por el contrario, «la entidad sado-masoquista podría ser en sí misma un síndrome que habría que disociar en dos líneas irreductibles» (1973: 14); por una parte, la posición personal *sádica* a la que correspondería una fijación *paterna* y daría lugar a «un monstruo reducido a un Superyo que ejerce una crueldad total y encuentra en un instante su plena sexualidad cuando desvía su poder afuera» (1973: 122); por otra parte, la posición y personalidad *masoquista*, cuyo elemento esencial es «la madre oral» (1973: 59), siendo masoquista aquel que «exhibe el castigo y su fracaso, muestra su sumisión, pero también su rebeldía invencible, demostrando que él obtiene su placer a pesar del sufrimiento...» (según Theodor Reik *cit.*, Deleuze 1973, nota p. 91). En fin, quien se identifica absolutamente con la *imago paterna* y rechaza la materna adoptaría una *posición sádica* de obtención del placer por la dominación y de acumulación indefinida de poder y más poder...; mientras la *posición masoquista* deniega la *imago paterna*, excluye al padre en la generación, carece de Superyo, idealiza la *imago materna*, y se supedita a ella, erotizando su propio estado de castración (por renuncia a la superación del enfrentamiento edípico con la *imago paterna*. Una posición masoquista que representa una regresión o fusión imaginaria con la madre oral o alimentaria. En este sentido, la *vinculación masoquista con la Madre Naturaleza*, en las novelas de Masoch, significa —observa Deleuze— el triunfo de la «madre oral, como la esencia común de la agricultura, del matriarcado, y del segundo nacimiento», y culmina con el sueño de un *comunismo agrícola* (Deleuze 1973: 97). A su vez, la vinculación masoquista *regresiva e incestuosa con la agricultura* supondría «un sentimentalismo soterrado, una fecundidad protegida, pero también una exigencia severa de trabajos...» (Deleuze, 1973: 95). Y tal parece ser precisamente la urdimbre *masoquista profunda afectiva y motivacional*, fundadas sobre la regresión materna y la concepción «esclava» o de auto ofrenda del trabajo campesino, inherente a la *mentalidad tradicional pequeño campesina* de los «propietarios muy pobres».

Semejante vinculación inconsciente *incestuosa con la imago materna* del *pequeño campesino* como correlatio afectivo y motivacional profundo del arraigo y apego del pequeño campesino con su tierra y su trabajo como *forma de vida* (antes que como instrumento de explotación empresarial racional o rentable) emergen —o emergía antes de su reconversión de pequeño campesino en *empresario agrario*— en todas las manifestaciones de la actividad campesina. Y entre ellas de forma privilegiada, por ejemplo, en una de las prácticas tradicionales de la agricultura, como era la práctica del *abonado orgánico* (según estudio e informe inédito que reseñamos a continuación realizado por Alfonso Ortí en el año 1972 para la agencia de publicidad Publinova, mediante cuatro discusiones de grupo: en Llerena —Badajoz—, Almunia de Doña Godina —Zaragoza—, Alcira —Valencia— y Abaño —Santander—). Para estudiar precisamente la imagen de

los abonos « Unión Española de Explosivos, la *cuestión del abonado* se había abordado, en principio, desde una perspectiva estrictamente «formal» y «funcionalista», características de aquella investigación sociológica empírica que no trasciende (precisamente por atenerse estrictamente a la lógica de la dominación establecida) los límites superficiales de la racionalidad *comunicacional* (definida por la absolutización de la propia ideología e intereses inmediatos del propio poder que investiga). Se había así realizado un primer estudio empírico, a través del método de encuesta de opinión (mediante una encuesta de agricultores estadísticamente representativa, etc.), que llegaba a la consecuente conclusión de que según las opiniones básicas o dominantes de los agricultores: «el abono es algo que sirve para aumentar la productividad de los campos» (conclusión obvia y realista, pero que permitía avanzar muy poco en la comprensión de la falta de entusiasmo por la aplicación masiva, en expansión, de los fertilizantes químicos y el apego residual al viejo abonado orgánico). Para tratar de interpretar y comprender, en términos motivacionales, los rechazos y frenos de los agricultores o campesinos más tradicionales ante la práctica de la intensificación del abonado químico se realizó entonces el estudio e informe de referencia de 1972 sobre la *imagen del abonado* basado en *discusiones de grupo*. En estas discusiones, de modo inmediato, el abonado se inscribía en un profundo *contexto simbólico*, de forma concreta, dibujándose su imagen con ese lenguaje afectivo tan vivo, tan cargado de connotaciones preconscientes e inconscientes, con el que los campesinos tradicionalistas hablaban del campo, y no de sus relaciones extraproductivas, sino, precisamente, de las productivas. Y dentro de esta atmósfera emergieron en las discusiones de grupo de forma sistemática dos series de *símbolos* (es decir, de *significación de doble sentido*, plenos de emotividad, que traducían o sustituían a las huellas o reminiscencias de otros significantes *primarios*, básicos en la conformación de la *estructura inconsciente de la mentalidad campesina tradicional*. Para una concepción psicoanalítica abierta de la *formación de símbolos inconscientes*, mediante una «figuración que armoniza lo emocional y lo cognitivo», *cfr.* Lorenzen, 1976). Por una parte en las *discusiones de grupo* realizadas en la agricultura de secano, predominan de forma latente las *simbolizaciones fálicas del abonado*: pues, en las vivas metáforas expresivas de su relación con la tierra (fuertemente interiorizada), las imágenes del abonado subyacentes y las de la sementera de los grupos de agricultores de secano tendían a fundirse en una misma *condensación expresiva* de ansiosa reclamación de una superpotencia *fálica* capaz de fecundar (real y simbólicamente) casi en el mismo acto (del abonado de sementera) la dura tierra ibérica. En cambio, los *símbolos emergentes*, de forma predominantes, en las comarcas de regadío se inscribían más específicamente en la esfera de *nutrición*, al tratarse de diversas simbolizaciones reiterativas del *autoamamantamiento* de la tierra por parte de unos agricultores súbitamente reconvertidos en tiernas y solícitas *imagos maternas* de sus retoños vegetales. Pues, en el discurso de los pequeños grupos de discusión de los agricultores de regadío, el lugar central de su proceso de simbolización lo ocupaban ahora las necesidades de nutrición paulatina, mediante el abonado (*abonado de cobertera*) de aquellas delicadas plantitas, que debían ir creciendo, poco a poco, rodeadas de cariñosos cuidados y mimos. Ante estas dos diferentes (pero no excluyentes) líneas de desarrollo de las formaciones *simbólicas del abonado* (en términos psicoanalíticos: línea fecundante o *genital*/línea nutricia u *oral*), correspondientes a los dos

medios agrícolas básicos (plantaciones de secano/plantaciones de regadío) se imponía llegar a una *formación o condensación simbólica común*. Ya que las resistencias y recelos frente a la masiva penetración de los fertilizantes químicos en sus cultivos, aparecían ahora asociados —en los discursos de los grupos— a la preservación (aunque fuese en un plano imaginario) de la vieja relación histórica y consuetudinaria, profundamente arraigada en las *formas de vida del campesinado tradicional*, con el abono no químico, es decir, con el abono natural primigenio. De tal modo, situándose en el terreno arcaico y mitológico de lo *imaginario inconsciente*, la interpretación final de esa profunda vinculación con la tierra de la *mentalidad campesina tradicional* (asociada al rechazo de lo «químico», «artificial», «urbano», «moderno», etcétera), reflejada por la *simbolización del abonado*, se fundaba en una *doble vinculación profunda* (fálica o genital/nutricia oral o de amamantamiento) de campesino tradicional con su tierra (a su vez representada en los grupos con las características de la *imago materna*). Doble vinculación erotizada y complementaria que (siguiendo las libres reglas de una *semiología de lo imaginario inconsciente* esto es: de la *condensación mediante la libre asociación*), por el trabajo o acción del deseo, (tendía a articular los símbolos *nutricios del pecho* en la tarea alimentadora —o de amamantamiento— del abonado de cobertura, con la simbología *fálica* del abonado de sementera. En definitiva desde la perspectiva de los que podríamos llamar una *erótica profunda o inconsciente del abonado en la mentalidad campesina tradicional*, como expresión de una de las formas más específicas de la  *fijación materna o relación incestuosa arcaica con la tierra*, la doble articulación de la imagen del abonado tendía a concretarse en la *imago* de un *falo como pecho* que penetra (dulce y violentamente) en la tierra fecundándola/alimentándola a un mismo tiempo. Y semejantes representaciones inserta, además, en el contexto motivacional intensamente *mater-ializado* o *maternalizado* de la relación de apropiación/fusión del campesinado tradicional con su tierra, suponía la revelación (dentro de una hermenéutica psicoanalítica) de que la *erótica profunda del abonado tradicional* no era, ni más ni menos, que la de la práctica de la *fellatio*. Una interpretación que resultó ser coherente —desde el punto de vista antropológico en primer término— con las reiterativas descripciones de sir James Frazer, en su monumental *La rama dorada* (1969), de las muy sexualizadas relaciones del campesino arcaico con la tierra. En ella, junto a precisiones técnicas tan ilustrativas como la de que «los dios imaginan, además, que los prepucios recogidos de los mancebos en su circuncisión tienen gran virtud para la producción de lluvias» (Frazer, 1969: 93), nos asaltan por todos lados los abundantísimos ejemplos que, según Frazer (es de suponer que ajeno aún de toda teoría psicoanalítica a fines del siglo XIX), demuestran las creencias tradicionales sobre «la influencia de los sexos en la vegetación» (*cfr.* Frazer, 1969: 171-175, etc.). Al mismo tiempo que, desde el punto de vista de la relación fijación materna-masquisimo-auto-ofrenda o castración, como estructura simbólica profunda de la *mentalidad campesina tradicional*, encontramos en la obra de Frazer una culminación de la *fijación materna* con el impresionante ofertorio de sus propios penes masculinos a la diosa asiática de la fertilidad (precisamente) Astarté, por parte de sus autocastrados sacerdotes, en el gran festival anual de Hierápolis (Frazer, 1969: 405).

Mientras que, por otra parte, en segundo término el propio Freud, de un modo personalísimo y mucho más sofisticado, retorcido e inverosímil, había insistido ya,

hacia 1910, en su sorprendente ensayo sobre: *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, en la doble asociación de la atracción por la práctica de la *fellatio* y de las correspondientes tendencias hemafroditas con la fijación de la personalidad inmadura en el estadio de una fuerte *atracción/fijación incestuosa en la imago materna*. (Estudio recogido en pp. 457-493, del volumen II de sus Obras completas, Madrid, 1968). Según la audaz interpretación de Freud, el recuerdo infantil de la enigmática personalidad de Leonardo (articulada al igual que su Gioconda por velados rasgos hemafroditas) no sería otro que el correspondiente a la (reprimida) evocación de una *fellatio* (Freud, 1968: 468), con un primer «origen inocentísimo» —subraya Freud—, «transformación» de la placentera sensación con que «siendo niños de pecho... tomábamos en la boca el pezón de la madre o la nodriza y chupábamos de él» (Freud, 1968: 469). Pero Freud, cuya vasta cultura equilibraba a su desbordante y hercúlea imaginación, proseguía sus especulaciones sobre la personalidad de Leonardo con una incursión por la Antropología arqueológica, señalando en los orígenes de la agricultura la existencia de diosas de «constitución andrógina, que reunían, los caracteres sexuales masculinos y femeninos» (Freud, 1969: 472). «Casi todas las imágenes de Mut, la divinidad material de cabeza de buitre —escribe el fundador del psicoanálisis—, aparecen provistas de un falo; su cuerpo, al que los senos caracterizan como femenino, mostraban también un genital masculino en erección» (*Ibidem*). Lo que en un primer nivel (prepsicoanalítico) ha sido explicado ya —ha de reconocer Freud— por los mitólogos: «los mitólogos intentan explicar la agregación del falo a las figuras femeninas de estas divinidades alegando que el atributo viril — señala nuestro sabio vienés— representaba la fuerza creadora original de la Naturaleza y que tales divinidades hemafroditas expresaban la idea de que sólo la reunión de los atributos masculinos y femeninos podía constituir una imagen digna de la perfección divina» (Freud, 1968: 472-473). Más de veinte siglos después, el inconsciente de los agricultores españoles de los años 1970, espoleado por la ansiedad ante la solemne tristeza de sus yermos campos, aún parecía seguir soñando con la potencia hemafrodita de las *imago paterna* y *materna* cruzadas, cada vez que con mano esperanzada repetían el ritmo del abonado. Las resistencias y celos de los agricultores de mentalidad tradicional frente a la oferta masiva de los abonos químicos aparecen ahora como una última huella de la fantasía inconsciente y omnipotente de un campesinado lleno de ansiedad y temores reverenciales ante su gran Madre Naturaleza (diosa de sus destinos y de sus horas), que revive incestuosamente —en el plano imaginario— el doble y cruzado papel de ser/ el padre y la madre/ de su propia tierra, y sólo de mala gana empieza a admitir que la extraña (y diosa) industria urbana (representante del mismo poder que lo subordina y explota) pueda interferirse en un acto tan íntimo y profundo como el abonado de sus tierras. De aquí que la insistencia de las propias grandes empresas de fertilizantes químicos a autorrepresentarse, de modo absolutista, como los nuevos factores de la productividad del campo, chocase frontalmente con las sordas resistencias por parte de los agricultores más tradicionales a reconocer el principio de *separación de su propia tierra*, que a largo plazo no podía concluir más que con su plena expropiación final.

<sup>5</sup> Se trata de una categoría profesional en la que confluyen tanto los hijos de grandes propietarios que emplean mano de obra asalariada como aquéllos otros con orígenes sociales más humildes, que han construido en las dos últimas décadas empresas agrícolas familiares

equiparables a las de una empresa industrial (*Vid.* Rambaud, 1989). Son agricultores que trabajan superficies superiores a 100 ha., aunque pueden llevar mucha superficie en renta (en algunos casos más del 75%).

Sus empresas revisten la forma de sociedades agrícolas familiares puesto que han sido creadas mediante la unión entre hermanos. El sistema hereditario castellano (a partes iguales entre todos los hijos) les ha obligado a superar las ancestrales pautas del individualismo campesino haciendo posible la creación de sociedades. La asociación les obliga, a su vez, a planificar ingresos y gastos y en el peor de los casos a deslindar la contabilidad de la explotación de la contabilidad familiar, lo que, sin duda, es el primer paso para llegar a una completa contabilidad de gestión. La estructura familiar, en los casos en que participan los hijos, ha permitido la separación de las tareas de gestión de las puramente productivas e introducir la remuneración periódica de los hijos. Son la generación de agricultores nacidos después de la Guerra Civil que a pesar de tener un nivel de estudios bajo (generalmente estudios primarios) han sido capaces de adoptar modernos sistemas de contabilidad.

Generalmente participan en asociaciones cooperativas, aunque no están muy satisfechos con sus resultados, y en menor medida forman parte de alguna asociación profesional agraria. Están bien equipados desde el punto de vista técnico y han realizado importantes inversiones a base de créditos, siendo el nivel de endeudamiento bajo y en algunos casos nulo. Tienen un margen neto equiparable a los ingresos de un profesional urbano (*Vid.* Arribas y López, 1989).

<sup>6</sup> «Estrategias de identidad de los agricultores: Actitudes e imágenes sociales de los agricultores cerealistas, productores de leche, vino y productos hortofrutícolas en el contexto de la CE», IRA, 1988. Igualmente nos hemos beneficiado de una beca de investigación concedida por la Junta de Castilla y León durante el año 1987 para estudiar el proceso de profesionalización de los agricultores castellanos.»

<sup>7</sup> La sucesión de buenas cosechas hizo que en 1988 los silos del SENPA estuviesen llenos, con lo que se fueron endureciendo las condiciones de entrega a la intervención (pago de noventa días, entregas en centros de recepción alejados, etc.). El resultado fue que sólo los grandes operadores y alguna cooperativa utilizaron este mecanismo equilibrador de los precios del mercado con lo que vendieron el grano hasta dos pesetas por encima del precio obtenido por el resto de los agricultores. De este modo, un mecanismo regulador, que tradicionalmente ha cumplido una función social asegurando a los pequeños agricultores un determinado nivel de renta se ha convertido en algo a lo que sólo acceden los grandes y los almacenistas. Al término de campaña, la Administración obtuvo autorización comunitaria para la exportación subvencionada de un millón de toneladas y los precios se dispararon, pasando de 21 pesetas, durante los primeros meses, a 27 pesetas en el mes de junio.

<sup>8</sup> La cooperativa local no funciona, lo hace a «trancas y barrancas» —en expresión de los agricultores—, tiene diez años de existencia y nació como iniciativa de la Caja Rural para adelantarse a la Unión de Agricultores. La Caja Rural, verdadero brazo impulsor de las cooperativas de cereal en la región castellano-leonesa, eligió Belorado para poner en marcha una experiencia piloto por el dinamismo y la fuerza del movimiento sindical de la zona después de la guerra de los tractores de 1977. Con esa decisión se eliminó la posibilidad de que la Unión crease su cooperativa al estilo de la que funciona en Santo Domingo de la Calzada y la Unión quedó dividida para siempre.

# I JORNADAS DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE SOCIOLOGIA DE LA CULTURA Y DE LAS ARTES

## Arte, Cultura y Sociedad

La Asociación Española de Sociología de la Cultura y de las Artes se constituyó en el año 1989 con objeto de amparar y promover los diferentes estudios y prácticas profesionales relacionados con dicha subdisciplina: el análisis sociológico de los artistas y los públicos, de las instituciones y organizaciones culturales, los procesos de mecenazgo, la elaboración y transmisión de modas y gustos a través de los medios de comunicación, las prácticas culturales de la población... Todos estos temas y otros muchos semejantes, relegados como estaban hasta el momento a los márgenes de las disciplinas humanísticas, y desperdigados o ausentes en el seno de la propia disciplina sociológica, no habían podido ser desarrollados eficazmente en nuestro país. AESCA se propuso trabajar para remediar tal situación. En ese sentido, una vez llevadas a cabo sus primeras actividades académicas durante el Curso Internacional de Sociología celebrado en Madrid (julio, 90), y cuando se ha producido ya su admisión como asociación específica en el seno de la FASEE (Federación de Asociaciones de Sociología del Estado Español), la Asociación ha creído llegado el momento de convocar unas primeras jornadas de estudio, con el doble objetivo de permitir una puesta en común de los trabajos en este campo, y a la vez para darse a conocer y servir de punto de encuentro a todos los interesados en él.

El carácter primerizo de esta iniciativa determina los rasgos de las jornadas que proponemos: unas jornadas en las que se plantearán las cuestiones de mayor trascendencia y actualidad, a través de debates y conferencias, pero en las que el trabajo científico y la discusión intelectual sobre los diferentes temas de nuestro interés tendrán, por fin, la ocasión propicia para desarrollarse. Para lograrlo se establecerá una organización temática que girará en torno a tres ejes principales, aunque no exclusivos:

**PROFESIONES Y MERCADOS ARTISTICOS:** Análisis sociológicos sobre el hecho artístico en tanto actividad social.

**LA SOCIOLOGIA DE LAS ARTES EN ESPAÑA Y EN EL MUNDO:** Interpretaciones de carácter histórico, teórico y metodológico.

**CULTURA Y SOCIEDAD EN LA ESPAÑA DE LOS 90:** Estudios sobre el lugar y el papel de la cultura en la sociedad española actual.

La celebración de estas jornadas está inicialmente prevista para los días 19, 20 y 21 de septiembre del presente año, en un lugar todavía por determinar. Se solicita a todas las personas que puedan estar interesadas en participar que lo comuniquen cuanto antes a la organización en Barcelona, o bien se pongan en contacto con alguno de los siguientes miembros del comité organizador: Concha Gómez Esteban. Departamento de Sociología V. Universidad Complutense. Madrid. Tels.: (91) 394 28 51 - 48. Iñaki Domínguez Vázquez. Departamento de Sociología. Universidad del País Vasco. Bilbao. Tel.: (94) 464 77 00. Extensión 2265/67.

### A.E.S.C.A.

Arturo Rodríguez Morató, coordinador de las jornadas  
Departamento de Sociología (Universidad de Barcelona)  
Avda. Diagonal, 690 - 08034 Barcelona  
Teléfono (93) 203 50 54 - Extensión 2409 - Fax (93) 203 83 07